

**Martín Adán**

**LA CASA  
DE CARTÓN**

Prólogo de Luis Fernando Vidal y

notas de Elsa Villanueva

## La casa de cartón

Derechos exclusivos. Prohibida la reproducción parcial o total sin autorización expresa de los editores.

Edición al cuidado de:

Luis Fernando Vidal

## UNA LECTURA DE LA CASA DE CARTÓN

«Don Censura le tiene cierta ojeriza a Martín Adán. Dice que es 'un mocito' tímido y, al mismo tiempo, atrevido y astuto, y que se vale de muchas argucias para engañar a las gentes»

ESTUARDO NÚÑEZ

*Pocos libros como La casa de cartón han sido tan determinantes en el proceso de la literatura peruana. Ya desde el momento de su aparición en 1928, el libro fue saludado como fundador de una línea estilística y de un desenfado renovador sólo comparable con Trilce. Y como en ese texto de Vallejo, en La casa de cartón el lenguaje asume el carácter de una aventura vanguardista y se yergue como el eje del proyecto que sustenta al relato. El protagonismo del lenguaje, y, por su conducto, del libre fluir de la conciencia, son de tal predominancia que la historia narrada resulta secundaria.*

*Si bien es cierto que existe consenso en torno al valor e importancia de La casa de cartón en lo concerniente a su aporte al desarrollo de la narrativa peruana contemporánea, hay una velada discrepancia acerca de su tipificación. Para algunos críticos estamos frente a una novela, para otros se trataría de un largo poema en prosa. Su estructura abierta y el énfasis puesto en el lenguaje influyeron en estas consideraciones. Sin hacer cuestión de estado, creo que el término genérico de relato es aplicable a este texto, habida cuenta de que en él existe, aunque laxa, una trama argumental; que a partir de esa historia surgen una serie de líneas de acción que son asumidas por diversos personajes, a su vez con caracteres discernibles; y que existe una actitud narrativa, es decir, que notamos la presencia de una voz que nos cuenta sucesos, describe ambientes, transcribe lo que otras voces enuncian o transmite el pensar y el sentir de sus criaturas; y que, esa misma voz narrativa, va poniendo frente a nosotros los datos de espacios y de ambientes, susceptibles de relación con lugares de la realidad concreta. La casa de cartón es, como señala atinadamente Antonio Cornejo Polar, un relato introspectivo, una crónica de ambiente y una aventura estilística de primerísimo orden. Estas múltiples facetas están ligadas por una mutua solidaridad. En efecto, aquí se trata del relato de las transformaciones de un adolescente en su tránsito a una adultez integrada o conflictiva, y más, todavía, de un adolescente con una sensibilidad, inteligencia e información libresca realmente inusuales. Pero este personaje innominado, especie de sosias del narrador, asiste a sus propias mutaciones en un tiempo y en un medio que no parecen nada propicios a los requerimientos de su sensibilidad, percepción e inventiva. Este personaje expresa el aparente imperio de una racionalidad cuyo radio de acción rebasa largamente la rutinaria vida de la aldea que es su hábitat. Pero, ahí la contradictoria actitud que parece signar a nuestro personaje. La crónica de ambiente que se nos presenta en La casa de cartón es a la vez una mirada tierna al universo bucólico, casi aldeano del distrito de Barranco, y el distanciado cuadro ironizante de sus pequeñeces y trivialidades. Así, el influjo de la razón no solamente posibilita y explica la existencia del mundo, sino que también permite acopiar los elementos de juicio para superar lo que se estima antiguo. Pero, y esto lo tiene muy presente nuestro personaje, la razón humana ha introducido, entre otros, el orden urbano, regimentador y burocrático, y ha ido trabando las correspondencias naturales que existen entre los elementos del universo: «Esta mula nos está creando al imaginarnos. En ella me siento yo solidario en origen con lo animado y lo inanimado», « ¡Ay, los asnos, que son lo único aldeano de la ciudad, se han municipalizado, burocratizado, hu-*

manizado...!», «Hay entre las cosas, ligas de socorro mutuo, que el hombre impide». Esta penetrante visión del mundo, esta lúcida y a la vez desconcertada conciencia ante las propias estaciones de la madurez, esta cínica adolescencia que quiere acostumbrarse a vivir pese a su incredulidad irremediable, requiere obviamente de una expresión que las materialice a cabalidad. Y allí la búsqueda de lo nuevo, del riesgo de la novedad, y de ahí el gran salto, la aventura estilística, aquella «excepción de honor en nuestras letras», como la calificara José Jiménez Borja. Arguedas lo diría años después, llamando la atención acerca del hecho de que todo mundo nuevo precisa de un nuevo lenguaje que lo exprese. Y este relato introspectivo que es, primordialmente, La casa de cartón requería de un lenguaje abarcador, con amplios poderes de sugestión, que ligara en frases que pasan de una a otra impresión un mundo de aparente trivialidad, pero que adquiere riqueza y complejidad al ser procesado por una interioridad atrevida: «yo recordé, en alta voz, una tarde remota que, como en un chascarrillo, era un gran huevo frito —un sol de oro brillante y en relieve, casi en la periferia de un cielo de porcelana acuoso y accidentado— una tarde nutritiva que manchaba de ocaso la cara hasta la nariz a los poetas glotones. Los cinemas mugen en sus oscuros e inmundos pesebres».

El texto oscila, va y viene, es un conjunto de hechos de memoria que recorren el calendario escolar. Son treintinueve capitulillos, separados casi a la mitad por los «poemas underwood», que trazan, a nivel de historia, el antes y el después de la muerte del entrañable Ramón. La casa de cartón pretende constituirse en una suerte de diario, en el que más que eventos exteriores al sujeto, se levanta el detallado y discontinuo mapa de los procesos de la constitución de su personalidad: máscara en el más puro sentido etimológico. El deseo por aprisionar la vida es una de las fuentes del libro, fiel reflejo de las contradicciones de sus personajes: «Di lo que se te ocurra, juguemos al psicoanálisis, persigamos viejas, hagamos chistes... Todo, menos morir». Todo, menos morir. Con esta frase termina la parte del libro que precede a los «poemas underwood» y a la revelación de la muerte de Ramón. En ese momento se abre una etapa menos gozosa en la vida de nuestro personaje. Y no sólo por el encuentro de la muerte y de la soledad, sino por la, desde entonces, constante presencia del desencanto. Un desencanto que invade hasta destruir toda expectativa («¡Ay del que realiza su deseo!»), que como Schopenhauer destruye la confianza en la mujer («Eres tonta y linda como todas las mujeres»), corta de un tajo las posibilidades de la existencia («¡Ah, Catita, la vida no es un río que

corre: la vida es una charca que se corrompe! »), castra la imaginación hasta llevarla al sarcasmo («Un poste se llama Julián porque se deja la barba... la barba, de serpentinas del año 1912. Otro poste llámase Matías, porque ese es su nombre. Un pobre poste asmático de la calle Mott sueña con comprar un sobretodo de paño francés. Hay postes que miman perros. Hay postes amigos de mendigos. Hay postes europeos con ojos verdes de aisladores de cristal. Hay postes de luz. Hay postes de teléfonos»), es decir que la realidad que podía ser un rico surtidor de la imaginación más desbordante, y del erotismo y del humor que son como rebrotes del deseo por ser y existir, acaba por empobrecerse en el tedio de una vida que ha envejecido prematuramente hasta convertirse en el bochorno, en ese estarse quieto, en el fastidio encerrado, que es tan parecido al horror de la muerte.

Todo relato cuenta, pero también dice, postula una concepción del mundo; por su mediación, el escritor pretende hacer partícipe a su lector de un conjunto de ideas más o menos articuladas —pero, con el transcurso del tiempo, ciertamente contradictorias—. Este es el proyecto narrativo. Y este basamento es de algún modo discernible a partir de una serie de indicios, cuya apreciación no deja de estar sujeta a la propia ideología del lector. El sistema de elecciones formales-significativas del autor es un factor a tenerse en cuenta, para acceder a los significados últimos de un texto; también la manera como el narrador asume su relato y el punto de vista desde el cual configura a sus personajes; el grado de cercanía o de alejamiento de tal o cual personaje, la simpatía o antipatía que demuestre por él, delatan la intencionalidad autoral. Como lo hacen, en grado sumo, el tejido de signos y alegorías que nos quedan como la resonancia más profunda de un texto. En *La casa de cartón*, la historia narrada no solamente aborda lo que Wolfgang Iser denomina un tópico de la narrativa peruana: la adolescencia, sino que el relato tiene fuertes raíces autobiográficas. Por lo menos así parecen indicarlo el punto de vista, el grado de proyección del narrador sobre su personaje central y la persistencia del paisaje interiorizado. Pero este aspecto, si bien tiene cierta importancia, no es determinante para la aprehensión del proyecto autoral. En este sentido juegan rol preeminente las conciencias monologantes en su relación con el mundo exterior y en referencia a la progresión del sentir y del pensar. Luis Loayza acota con gran agudeza que los personajes de Martín Adán son voluntades inmóviles, y que «aspiran a ser una pura conciencia; son testigos del mundo pero se niegan a actuar sobre él para aprovecharlo o transformarlo». Y, en efecto, el personaje-narrador y Ramón

*son lúcidas conciencias críticas, dos seres cuya percepción de las deficiencias y los desbalances son alimento del sarcasmo o de su aristocrática actitud distanciada, pero, salvo los juegos eróticos que parece haber vivido el protagonista o el lánguido romance de Ramón con la señorita Muler, los personajes de La casa de cartón asumen el rol de seres que temen la consumición por el acto, y como el avaro, acumulan potencialidades, que acrecientan con sus críticas a la defectividad del mundo y de la sociedad. Pero ahí la gran trampa, pues mientras su conciencia es un fluir continuo y permanente, la inacción deriva paulatinamente en ese quietismo que acaba por anular, pues finalmente la destrucción de la realidad termina por sumir en un mundo de idealidades del que no hay camino de regreso.*

*La casa de cartón, de Martín Adán, es la acabada expresión de ese viaje sin retorno de una adolescencia brillante que no halla, o que no desea encontrar liga con el mundo. Es, en tal sentido, un digno testimonio de una soledad esencial, que parece haberse escrito para adquirir distancia respecto de sí. Y ahí se encuentra que el retorno es improbable, porque este joven descreído halla la pizca de sal hasta en la más dulce mirada.*

LUIS FERNANDO VIDAL

## NOTA DE LOS EDITORES

*La presente, es una versión completa de La casa de cartón. Se han confrontado la edición príncipe de 1928 y la de 1971 que, según se sabe, fue revisada y ligeramente retocada por Martín Adán. Igualmente, se incluye el Prólogo de*

*Luis Alberto Sánchez y el Colofón de José Carlos Mariátegui, que formaron parte de la primera edición, publicada en 1928.*

*Se ha estimado conveniente añadir, en esta edición, breves notas, para esclarecer algunos términos, así como anexar un listado con información acerca de los autores mencionados o aludidos en el texto. El relato ha sido revisado salvándolo de erratas que venían repitiéndose de edición en edición. Queda constancia de esta labor de restitución textual en las anotaciones al pie de página.*

*Finalmente, es útil indicar que en un avance de La casa de cartón, que apareció en el número 10 de la revista Amauta, correspondiente a diciembre de 1927, se publicó por única vez un capitulillo que posteriormente sería suprimido por su autor. Junto a ese material se dio a publicidad otros fragmentos, en los que son observables algunas variantes, posteriormente desechadas. No hemos creído conveniente consignarlas, toda vez que por voluntad autoral fueron descartadas.*

LA CASA  
DE CARTÓN

1923

---

## PRÓLOGO

*A Martín Adán*

Si no fuera por usted, jamás habría aceptado repetir la suerte. Con ésta van dos veces que toreo al alimón con Mariátegui, y, a la verdad, el público va a chillarse desde el tendido. La anterior me tocó a mí el colofón y a él el prólogo, para *Tempestad en los Andes*. Ahora a él le ha tocado el colofón y a mí el prólogo. «Así no va mi plata —están gritando los entendidos—: esto es repetición de lo mismo»; y, por cierto, es mejor evitar ciertas comparaciones...

Pero a usted no le puedo negar unas líneas en el pórtico de este libro, que es una batalla ganada. Rafael de la Fuente Benavides, mi exdiscípulo cuando yo era «Herr Lehrer in der Deutschen Schule», y él un alumno demasiado ejemplar, dicta aquí su testamento. Y yo vengo a servirle de testigo, de portadnos en esta extremaunción a un hombre aristocrático, clerical y civilista. La ginecología sabrá el secreto de cómo apareció Martín Adán.

Pero, Martín Adán, con ser distinto a Rafael de la Fuente Benavides, tiene de semejante con él, el recato y su gesto modoso. De Proust aprendió quizá cierta delectación parsimoniosa en el describir, y de Joyce, un acento delator de sacristán. De la Fuente debió ser fraile. Me parece que alguna vez oí decir, cuando él era niño, que sentía la vocación eclesiástica. Felizmente, la ironía, la lectura, y el cigarrillo, le abroncaron un tanto la voz aflautada y la vocación pastosa. Jamás apreciaremos debidamente la influencia del cigarrillo en la literatura. De ahí han surgido esos poetas de café, esos charlatanes de chismografía burdelera, esos evocadores que apausan el relato con pitadas largas

como humo de chimenea de «steamer». Pero, ni el cigarrillo ha podido borrar enteramente la actitud católica y modosa de Martín Adán. Sigue siendo un aristócrata, un clerical a medias, un tipo de Joyce, medio «Stephen Dédalus», aunque haga arte de vanguardia.

Porque, sin duda, este es el arte de vanguardia. A algunos les parece que no y, claro, dentro de una monocordia política, todo cuanto no trasunta afán social, resulta apolítico y retrasado. Si lo fuera, Adán coincidiría con su tendencia, con su chuanismo literario en el fondo, aunque la forma está brincando de novedades. Novedades superiores a las de casi todos estos señores que pretenden manejar prosa actual entre nosotros, y resultan unos tristísimos simios, que roban metáforas y cuentos a Beingolea (traducido previamente al castellano). Siquiera De la Fuente ha salvado su epidermis de este terrible meridiano intelectual de América, la traducción — que dijo algún acertado malévolo de Gaceta — y tiene abierto el espíritu a vientos que no son de exclusividad española, como en los tiempos de galeones.

De la Fuente es la vanguardia, por su frescura de imágenes, por su dislocamiento, por su humorismo, por su deportismo en el estilo; pero este afán de hacer literatura y frases, acusa cierto decadentismo distante del ritmo rubeniano, pero, no por eso, menos decadente. Lo decadente es aristocrático siempre, pero hay un vanguardismo de lo decadente, y éste es el que practica Martín Adán. Con ello ratifica que en él no ha muerto el civilista. Simplemente asistimos a su extremaunción. Tiembla en los labios el «requiescat», pero no es tan fácil libertarse de la presión, aún invivita, de las ligas con «Index expurgatorum» para voluntades remisas y ángeles guardianes que se entretienen con música de pianola. Todavía Martín Adán, que ha salido por obra de las primeras páginas de este libro, a la literatura, corre el peligro de caer en los brazos de «Entre Nous», y que su delicadeza convenza a las jóvenes suspirosas de ese centro de selección, declamación y pastas. Le respalda tan sólo, el relativo aguzamiento crítico de tan virtuosas damas para quienes recién se inicia el ciclo de Rubén, el maldito de otrora y hoy lleno de aristocracias, con su princesa triste, sus Ledas y sus cisnes, tan desacreditados que hasta han desaparecido de nuestro Parque Zoológico.

Tiene además, Martín Adán un prurito fatalísimo de ser disciplinado. Por lo menos, así era Rafael de la Fuente, en la «Deutsche Schule». De nacer en otro tiempo habría sido partidario de García Moreno, y es dueño de una excelente pasta de soldado. Por eso hay que desconfiar de los malabarismos y contorsiones de su literatura. Mucha voluntad vigilante ha entrenado ese estilo. Y Martín Adán que es un gran masajista literario, ha adelgazado su manera, la ha obligado a la acrobacia, la ha enseñado el volantín, el triple salto mortal, la caída del ángel y el paso de la muerte, a fuerza de cuidados, de firme decisión de ser dislocado. Gitano de su verbo, lo raptó cuando apenas balbuceaba, y ha logrado romperle las articulaciones para obligarle a todo género de piruetas. Luce, por eso, un desenfado que ya quisieran para sí los hombres públicos que marchan a Europa con la ilusión de Voronoff...

La Casa de Cartón abre sus puertas frágiles a la curiosidad lectora. Un buen gusto alerta, unas podaderas incansables, un auténtico sentido artístico han levantado estas murallas de juguetes, en las que Ramón tiene sus desvaríos adolescentes. Perfectamente adolescentes. El sexo asoma, urgente pero inexperto, y hay deleite, disimulado entre exquisiteces verbales, cuando surge Catita, o aunque sea la tía gorda, de la bata de motitas. Está Ramón en la edad en que toda mujer parece angélica. Pero, así, por eso mismo, La Casa de Cartón va a convertirse en la Casa de Orates, para muchos críticos nacionales. Mal hace Martín Adán en darles de repente, prosa que va a soliviantar lo poco de sentido que aún quede olvidado dentro de sus cráneos.

Ya se hablará de Eguren, cuando asome el libro. Eguren, en efecto, a quien dedica el tomo, fue el número tutelar de la infancia de Martín. Él le enseñó el amor a la palabra arisca y pudorosa; el desafecto por el vocablo duro y plebeyo; el fervor de imaginero renacentista para su prosa; una patente de artista paciente, tenaz, delicadísimo. Pero Martín se emancipó de Eguren, porque no es fácil que nadie pueda permanecer en ese mundo único de José María. La realidad no la aíslan así nomás, los poetas. Y Eguren es en la literatura americana un caso único y formidable de imaginero efectivamente, suprarrealista, un creador de cosmos, un engendrador de figuras con técnica y teleología definitivamente personales. Vallejo, el otro gran poeta nuestro, entra a la

literatura bajo el signo de Herrera Reissig, pero le gana la vida. Hay sangre auténtica en sus poemas, como hay sueño celeste en Eguren, como hay vida, pero sin dolor aún, sino crispaciones, todavía sin agonía, en Martín Adán. A este adolescente emancipado le hace falta vivir. No ha salido del colegio «Stephen Dédalus». Y sin embargo, La Casa de Cartón escandalizará a las derechas y será juguete de niños, rabieta de gentes mayores.

El lector no se debe dejar estafar. Me he erigido policía suyo, para que no crea muchas de las actitudes de Martín, la primera: no tenga fe en su deslabazamiento. Fue —lo sé— un aprovechado y disciplinado estudiante de Castellano, y se sabía a la perfección las reglas de concordancia, el método de los diformismos, la razón semántica de la ortografía. Además, quiere mucho su prosa, su estilo, para desampararlo. Recuérdese lo del masajista y lo del gitano de su verbo, y con ello pienso ganarme una adhesión entusiástica.

Este escritor recién aparecido tiene una rara manera de salir a la palestra. Aparece en trío, pero en trío belicoso. Como tiene madera y personalidad, aguanta embestidas. No se trata de un mequetrefe al que le asustan las disputas. Aunque Eguren le enseñara a ser pudoroso, él, antes había gustado de cierta coprolalia en sus escritos. El cigarrillo, la coprolalia: cómplices de la pérdida de su vocación clerical. Ahora, será difícil que enderece el rumbo. Alguien ha dicho que el mundo vira hacia la izquierda, y Martín se desliza hacia la izquierda. No hay más remedio. Pero, eso sí, él entiende la izquierda literaria, totalmente apolítica. Totalmente artística, totalmente literaria. Y si la humanidad no puede vivir sin la política, y si hasta esta obra se explica por una razón política, estoy seguro de que La Casa de Cartón la levantó Martín en el limbo, en las nubes, en cualquier parte, a donde sólo le alcance el rumor de sus aficiones literarias y en donde pueda hacerse la ilusión de ser clerical y civilista. Sólo que civilismo no es ya un partido, sino un modo de ser, un término que en vez de estar en Burgess, en Schmoller, en el amigo Távara, (El Comercio, año 62) debe figurar en Freud o en el doctor Delgado.

Mi querido Martín: rechace lo de su filiación a France; usted no es necrófago. Y ya, France, para nuestro criterio artístico lleno de vitalismo, ha quedado expuesto como «un cadáver». Porque hasta en Eguren se encuentra la pasión y la inquietud. Y usted que leyó poco a Antonio Azorín, pero que antes del ejemplar castellano de *El Artista Adolescente* ensayó una traducción de Stephen Dédalus, sabe muy bien que no es escepticismo lo que inspira su visión de las cosas, sino una inquietud por hallar lo cierto, y la vacilación de estar pisando en el vacío. Agonía, pero silenciosa y pudibunda. El crepúsculo de una suave doncella del santoral.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

*A José María Eguren*

Ya ha principiado el invierno en Barranco; raro invierno, lelo y frágil, que parece que va a hendirse en el cielo y dejar asomar una punta de verano. Nieblecita del pequeño invierno, cosa del alma, soplos del mar, garúas de viaje en bote de un muelle a otro, aleteo sonoro de beatas retardadas, opaco rumor de misas, invierno recién entrado... Ahora hay que ir al colegio con frío en las manos. El desayuno es unña bola caliente en el estómago, y una dureza de silla de comedor en las posaderas, y unas ganas solemnes de no ir al colegio en todo el cuerpo. Una palmera descuella sobre una casa con la fronda. Flabeliforme<sup>1</sup>, suavemente sombría, neta, rosa, fúlgida.<sup>2</sup> Y ahora silbas tú en el tranvía, muchacho de ojos cerrados. Tú no comprendes cómo se puede ir al colegio tan de mañana y habiendo malecones con mar abajo. Pero, al pasar por la larga calle que es casi toda la ciudad, hueles zumar<sup>3</sup> remotas en huertas aledañas. Tú piensas en el campo lleno y mojado, casi urbano si se mira atrás, pero que no tiene límites si se mira adelante, por entre los fresnos y los alisos, a la sierra azulita. Apenas el límite de los cerros primeros, cejas de montaña... y ahora vas tú por el campo en sordo rumor abejero de rieles

---

<sup>1</sup> Que tiene forma de abanico.

<sup>2</sup> Fulgente. Brillante, resplandeciente.

<sup>3</sup> De zumo: Líquido contenido en los vegetales, y que se saca exprimiéndolos o mojándolos. Aquí se utiliza aludiendo al aroma que se desprende de los vegetales al exprimirlos.

frotados aprisa y en una gimnasia de aires deportivos aunque urbanos.<sup>4</sup> Ahora el sol mastica jalde<sup>5</sup> una cumbre serrana y una huaca, una mambla<sup>6</sup> amarilla como el mismo sol. Y tú no quieres que sea verano, sino invierno de vacaciones, chiquito y débil, sin colegio y sin calor.

\*

\* \*

Más allá del campo la sierra. Más acá del campo, un regato<sup>7</sup> bordeado de alisos y de mujeres que lavan trapos y chiquillos, unos y otros del mismo color de mugre indiferente. Son las dos de la tarde. El sol pugna por librar sus rayos de la trampa de un ramaje en que ha caído. El sol —un coleóptero, raro, duro, jalde, zancudo—. El señor cura párroco saca a su sombrero de teja, ladeando la cabeza once reflejos de sombrero alto de seda, de tarro de ceremonia<sup>8</sup> —los once reflejos se juntan arriba, en una convexa luz redonda—. Más allá de la ciudad, la sima clara y tierna del mar. Al mar se le ve desde arriba, con peligro de caer por la pendiente. Los acantilados tienen arrugas y tersuras impolutas, y livideces y manchas amarillas de frente geológica, académica. Ahí están, en miniatura, las cuatro épocas del mundo, las cuatro dimensiones de las cosas, los cuatro puntos cardinales, todo, todo. Un viejo... Dos viejos...

---

<sup>4</sup> La 1ª ed. 1928 decía: «aires deportivos aunque ciudadanos».

<sup>5</sup> Color amarillo subido.

<sup>6</sup> Montículo aislado de forma redondeada.

<sup>7</sup> Charco que se forma de un arroyo pequeño, o el mismo arroyo.

<sup>8</sup> Sombrero de teja. El que tiene levantadas y abarquilladas las dos mitades laterales de su ala, en forma de teja: lo usaban algunas órdenes eclesiásticas. El sombrero alto de seda, de ala estrecha, copa alta y cilíndrica, plana por encima y forrado de felpa de seda negra, era llamado sombrero de tarro aludiendo a su forma, y se usaba en determinadas ceremonias.

Tres viejos... Tres pierolistas.<sup>9</sup> Hay que ganar tres horas de sol a la noche. La ropa viene grande con exceso al cuerpo. El paño recepillado se esquina, se triedra,<sup>10</sup> se cae, se tensa —el paño, hueco por dentro—. Los huesos crujen a compás en el acompasado accionar, en el rítmico tender de las manos al cielo del horizonte —plano que corta el del mar, formando un ángulo X. último capítulo de la geometría elemental (primer curso)—; el cielo donde debe estar Piérola. Los mostachos de los viejos cortan finamente, en lonjas como mermelada cara, una brisa marina y la impregnan de olor de guamanripa, de tabaco tumbesino, de pañuelo de yerbas,<sup>11</sup> de jarabes criollos para la tos. Una bandera de seis colores, al henchirse lentamente de un viento muy alto, insensible abajo, acusa flancos de bailarina española. Consulado general de Tomesia, país que hizo Giraudoux con una llanura húngara, dos millonarios limeños, algunos árboles ingleses y un tono de cielo chino bordado. Tomesia, no lejos de su consulado general en cualquier parte. Una carreta de heladero pasa tras un jamelgo que cuelga afuera la lengua áspera y blanquecina. El pobre animal comería con gusto los helados del cubo escondido —helados de esencia de lúcuma, sabor opaco y elegante, apenas frío: helados de leche, amplios y lindos como un retrato juvenil de mamá al lado de papá: helados de esencia de piña que corresponden a los claveles rojos; helados de esencia de naranja, leves y nada conocidos—. ¡Cómo suena la carreta! Con las piedras se va rompiendo el alma la pobre. Y por nada del mundo enmienda ella el rumbo. —el rumbo recto hasta traspasar las paredes en las calles sin salida, recto hasta la imbecilidad—. Carretita, ven por este césped, que el agua de la fuente mantiene suave para ti. Hay entre las cosas, ligas de socorro mutuo; que el hombre impide. El sonar de las ruedas de la carreta en las piedras del pavimento alegra a la fuente las aguas tristes de la pila. El

---

<sup>9</sup> Dícese de los afiliados o simpatizantes del Partido Demócrata o de los admiradores de su fundador y líder, don Nicolás de Piérola. El pierolismo intentaba restituir el orden y el bienestar civiles, oponiéndose al autoritarismo de la plutocracia capitalina y del militarismo. Para hacer frente a tan poderosos enemigos, Piérola y el pierolismo buscaron el apoyo popular. En su sentido más amplio, el pierolista es el permanente opositor, el conspirador por excelencia

<sup>10</sup> Que se quiebra en tres direcciones.

<sup>11</sup> De tela ordinaria y de tamaño algo mayor que el usual, este pañuelo servía para envolver alguna hierba medicinal o aromática que se inhalaba.

cholo, con mejillas de tierra mojada de sangre y la nariz orvallada<sup>12</sup> de sudor en gotas atómicas, redondas, el cholo carretero no deja pasar la carreta por el césped del jardín ralísimo. Los viejos observan:

—»Hace filo. ¿Ayer?... ¡lindo día! Diga usted, Mengáñez..."

\*

\* \*

Por la mañana, al filo de la madrugada, de las fenestras<sup>13</sup> de las torres, en un vuelo torpe de pájaros asustados y campanadas mojadas, bajan las viejas beatas al aquelarre<sup>14</sup> de los árboles y los postes en la neblina. Negruras que se mueven de aquí allá, brazos infinitos, manos ganchudas, consignas medio oídas... y la ciudad es una oleografía<sup>15</sup> que contemplamos sumergida en agua: las ondas se llevan las cosas y alteran la disposición de los planos. Beatas que huelen a sol y sereno, a humedad de toallas olvidadas detrás de la bañera, a elixires, a colinos, a diablo, a esponja, a ese olor hueco y seco de la piedra pómez usada, entintada, enjabonada... Beatas que huelen a ropa sucia, a estrellas, a piel de gato, a aceite de lámpara, a esperma...<sup>16</sup> Beatas que huelen a yerba mala, a oscuridad, a letanía, a flores de muerto... Mantos lacios, zapatillas metálicas... El rosario va en el seno y no suena. A las doce del día, cae el sol, líquido y a plomo como un aguazo amarillo de carnaval antiguo. Los tranvías pasan su cargamento de sombreros. Ay, el viento, qué alegría en este mar de la seriedad. ¡Se inflan todas las «Crónicas» y

---

<sup>12</sup> Lloviznada.

<sup>13</sup> Ventana

<sup>14</sup> Conciliábulo de brujas.

<sup>15</sup> Cuadro que imita la pintura al óleo.

<sup>16</sup> Aceite de lámpara. Combustible utilizado en pequeñas lámparas para el culto de imágenes religiosas. La esperma o grasa de ballena era el elemento más importante para la fabricación de velas destinadas igualmente al culto. Depósito y taller de los antiguos tranvías eléctricos a Chorrillos; estaba situada a la entrada de Miradores.

«Comercios», tanto que uno teme una retromarcha del carro, casi un vuelo sesgado sobre los rieles y los postes. Una garita se pone a salvo de un brinco. La factoría<sup>17</sup> detiene el carro como una pelota que rueda en la clase, la maestra.

\*

\* \*

La tarde, por última vez. Ahora estamos pasando por la plazuela de San Francisco, bajo un roto campaneo de novena. Un muro que no deja ver las torres —lindamente feas— enseña, en cambio, iluminadas por asomos fronteros de cielo, tres ventanales, de azules cristales dormilones. Por esta calle se va al mar —como en los grandes puertos, a un mar que no se ve—. No es hoy cuando pasamos por la plazuela de San Francisco; fue ayer cuando lo hicimos, en tanto que tú me decías que el crepúsculo te hacía daño a los ojos. Mascabas una hojita de seto y frotabas las uñas de una de tus manos con las de la otra. Yo temía tus confidencias —siempre demasiado sinceras—; para que tú no hablaras, yo recordé, en alta voz, una tarde remota que, como en el chascarillo, era un gran huevo frito —un sol de oro brillante y en relieve, casi en la periferia de un cielo de porcelana acuoso y accidentado— una tarde nutritiva que manchaba de ocaso la cara hasta la nariz a los poetas glotones. Los cinemas mugen en sus oscuros e inmundos pesebres. Un gallinazo, en el remate de una asta de bandera, es un pavezno<sup>18</sup> —curva negrura y pico gris—. Una vieja anduvo por el malecón sin rumbo, y después, dramática, se fue por no sé dónde. Un automóvil encendió un faro, que reveló un cono de garúa. Nosotros sentimos frío en los párpados. Ayer... La calle Bass consuela ahora con sombras de alcoba, con olores botiqueros de eucalipto, con palabras médicas, con sus liños<sup>19</sup> de árboles palúdicos. Y nadie hay que no seas tú o yo.

---

<sup>17</sup> Depósito y taller de los antiguos tranvías eléctricos a Cl Trillos; estaba situada a la entrada de Miraflores.

<sup>18</sup> Pavo tierno.

<sup>19</sup> Hilera de árboles u otras plantas.

\*

\* \*

Ramón se puso las gafas y quedó más zambo que nunca de faz y piernas. Dijo que sí y se llenó los bolsillos con las manos. Un lucero tembló en el cielo; otro lucero tembló más acá. El cielo estaba azul de noche, con hilachas de día, con hilos de día, femenino, costureril. Las tijeras del viento sonaban como en una peluquería y uno no sabía si era el pelo de uno lo que cortaban o la seda china del cielo. Humildemente, Ramón se despojó de su esperanza como si se hubiera despojado de su sombrero. —La vida, y él que empezaba a vivir... Había que resignarse, citó a Schopenhauer y resolló profundamente, como durmiendo—. Yo preferí Kempis a Schopenhauer. Nietzsche era un farsante. Ramón no había leído a Nietzsche, pero sí había oído hablar del Superhombre. El sabía que Superhombre era un alias de Firpo. Empezaba a vivir...El servicio militar obligatorio... Una guerra posible... Los hijos, inevitables... La vejez... El trabajo de todos los días... Yo le soplé delicadamente consuelos, pero no pude consolarlo; él jorobó las espaldas y arrugó la frente; sus codos se afirmaron en sus... rodillas; él era un fracasado. ¡A los dieciséis años!... ¡Ay, lo que le había acaecido! Casi llora; lo impidió una solterona en bicicleta. Un lucero crepitó en el cielo; otro lucero se apagó más acá. Un perro chusco y transeúnte, nos miraba caminando, mirando atrás. Yo le hice letras con los dedos: —»No es nada. No importune usted«—. Nos fuimos a Lima. En el asfalto pegajoso, chisporroteaban llantas de automóviles; al fin de cada jirón, un tramonto<sup>20</sup> de raso dorado; los postes del teléfono se contralumínaban perfectamente; los palomillas pregonaban todavía la mañana. Volvimos a Barranco en la noche.

\*

---

<sup>20</sup> Ocaso. Puesta del sol.

\* \*

Este era un inglés que pescaba con caña. En una cara larga de terracota, la nariz gruesa y alta; abajo, una boca de fraile, inmóvil y sumida, con los labios dentro; y un Catacaos<sup>21</sup> purísimo; y una mano afeitada; y una caña larga, larga, larga... Sin duda, era este inglés como todo pescador, un idiota, pero no balanceaba las piernas, antes bien, afirmaba los pies en el riel de soporte, resbaloso como una loza de puro musgoso... ¿Qué pescaba este inglés, lampos<sup>22</sup> descuidados o tramboyos minúsculos? Yo creo que él no pescaba sino un yuyo de hora en hora con una gota al final que se hinchaba y desplomaba antes que él la cogiera. ¿Poeta?... Nada de eso: agente viajero de la casa Dawson & Brothers, pero pescaba con caña. Y la tentación de empujarle, y el Catacaos flotando, y la caña clavada como un mástil en la arena del fondo...

\*

\* \*

En el embrujado espejo de la calle llovida: gota de leche, el globo opalino de un farol; gota de agua, el cielo arriba; gota de sangre, uno mismo por esta estúpida alegría de invierno que llega sin aviso... Yo soy ahora el hombre sin raza y sin edad que aparece en los tratados de geografía, con la ropa ridícula, con el rostro sombrío, con los brazos abiertos, orientando yerbas de tinta china y nubes carbonadas —el ralo, roto paisaje del grabado—: acá el oeste; el norte, en esta pared; el sur a mis espaldas. Por aquí se va al Asia. Por aquí, al África. Todo lo que está más allá de la sierra o del mar se acerca de pronto, meridiano a meridiano, en un hombre, por sobre las aguas morenas de la calzada. El turco es el levante y el occidente, apretado haz de latitudes: la cara, española; los pantalones, franceses; la nariz, romana; los ojos, alemanes; la corbata, búlgara; el fardo, ruso; la inquietud, judía... Si vamos por el este,

---

<sup>21</sup> Se refiere a un sombrero muy fino de paja de Catacaos.

<sup>22</sup> Resplandor, brillo fugaz.

asciende la enumeración. Si por el oeste, ella desciende. Dakar o Pekín. Alegría harémica de la tela azul al asomar por los ajineros, de bordes pardos del hule negro. El campo, sarpullido de huacas, en la boca

abierta de los jirones. Penumbra de garúa que cae. Árboles con los pájaros mojados. Para algo el mundo es redondo... Y estos autos, sucios de prisa, de orgullo, de barro... Los ficus hacen crecer las casas en sus espejismos de follajes de lodo y musgo, casi agua, casi agua, agua por arriba y abajo, los sedimentos, clorofila o arcilla, qué sé yo... Gorriones, saltamontes. Uno mismo abre los ojos redondos, ictiologizado.<sup>23</sup> En el agua, dentro del agua, las líneas se quiebran, y la superficie tiene a su merced las imágenes. No, a merced de la fuerza que la mueve. Pero da lo mismo, al fin y al cabo. Pavimento de asfalto, fina y frágil lámina de mica... Una calle angostísima se ancha, para que dos vehículos —una carreta y otra carreta— al emparejar, puedan seguir juntos, el uno al lado del otro. Y todo es así temblante, oscuro, como en pantalla de cinema.

\*

\* \*

Un jacarandá minúsculo y pelado nunca pareció a Ramón una inglesa con gafas. En vano paseó por Barranco día y noche una gringa medio loca. Fotófoba,<sup>24</sup> fotógrafa, delicia de una pensión de visillos limpios y cortinas de cretona. La gringa era un camino ambulante, ciego de sol, por el que se iba a las tundras, a un país de nieve y musgo donde se empinaba una magra y lívida ciudad de rascacielos con todo el misterio de la mecánica en las fábricas sombrías. La vida de Miss Annie Dolí había que remontarla en trineo y en aeroplano, en automóvil y en trasatlántico. Y en el fin de ella. Miss Annie Dolí era un crío rojizo

---

<sup>23</sup> De Ictiología, parte de la Zoología que trata de los peces. En este caso equivale a: como un pez.

<sup>24</sup> Que tiene aversión a la luz.

amamantado con biberón sanitario. Leche sintética, carne en conserva, alcohol sólido, siete años de liceo deportivo, renos y ardillas, viajes a China, colecciones de arqueología en una maleta de Manchester en que cabe la civilización entera, tabletas de aspirina, olor de aserrín de los comedores de hotel, olor de humo en alta mar, abordó... ¡en cuánto haces pensar gringa fotófoba, gringa fotógrafa, que vives en una pensión que es un edificio descomunal con su tercer piso de tablas grises, con sus tristezas de estación de ferrocarril y de gallinero! Gringa, camino de resolana que lleva a la tundra, a Vladivostock, a Montreal, al Polo, a escuelas científicas blancas de invierno perpetuo, a cualquier parte...

Pero Ramón no ve en el jacarandá tu imagen dilatada por el sol. Tú, para él eres una gringa medio loca, y un jacarandá, un árbol que echa flores moradas. Tú eres una cosa larga, nervuda, roja, móvilísima, que lleva una Kodak al costado y hace preguntas de sabiduría, de inutilidad, de insensatez... Un jacarandá es un árbol solemne, anticuado, confidencial, expresivo, huachafo, recordador, tío. Tú, casi una mujer: un jacarandá, casi un hombre. Tú, humana, a pesar de todo: él, árbol, si nos dejamos de poesías.

Ramón, yo no pienso en los espléndidos jacarandás del Parque. Mis Annie Dolí nada tiene que ver en ellos que no sea su antítesis —una antítesis vegetal, llena de naturaleza y suprema verdad—. Pero hay un jacarandá en una calle escondida que huele a plátano —una calle de lavanderías, zigzagueante: un callejón de encaladas paredes, sin puertas ni ventanas que dan cierta luz de hospital militar o de local escolar recién inaugurado—. Y el jacarandá que está en esa calle es el que yo digo que es la gringa, no sé si un jacarandá que es la gringa o si la gringa que es un jacarandá. Es el árbol no sé si muy joven o muy viejo. Ante él dudamos como ante los huacos del Museo, que no sabemos si son de Nazca o de Chimú, si auténticos o falsificados, si negros o blancos. Quizás el jacarandá de la calle Mott es joven o viejo a la vez, como la gringa, —larguirucho, casi calato del todo, con un solo brazo follado, con un muñón de flores violadas. Libre, que parece haberlo echado al aire—. Ramón, recuerda. Hemos ido tardes y tardes, tú y yo, a la calle Mott a oír las campanadas del ángelus vespertino —pompas de jabón tornasoladas que el pueril San Francisco lanza por las cerbatanas de las

torres de su iglesia en un cielo para un niño—. Ramón, ¿no recuerdas cómo estallaban entonces las campanadas arriba; cómo no había de ellas ni visión ni sonido, sino solamente un frío olor de agua, demasiado breve y leve para que pudiéramos advertirlo al momento en que nos mojaba la cara, vuelta al ocaso? El ocaso era un plátano marchito detrás de los plátanos ilicíneos de la calle Mott. Pero olvi demos al jacarandá y las campanas de San Francisco. Recordemos a Miss Annie Dolí, turista y fotógrafa, resorte vestido de jersey que saltaba de la caja de sorpresa del balneario peruano. Se apretaba un botón, y Miss Annie Dolí arrojaba afuera el cuerpo y las gafas amarillas. El juguete era una atracción municipal, no se podía comprar, era de todos, absolutamente público. La ciudad y Miss Annie Dolí... Ella vivía de una renta que venía de lejos, fabulosamente de lejos, como una lata de té; ella hablaba un latín que quebraba su dentadura de loza limpia como un cristal, en mil añicos; ella no comprendía las campanadas de San Francisco, porque dio en oírlas en hebreo, y San Francisco no sabía lenguas muertas, sino sólo hacer pompas de jabón para alegrar a Dios; ella usaba unas gafas con la misma armadura de concha<sup>25</sup> de las tuyas, pero los cristales de las de ella eran amarillos, antiluminosos. Y tú, Ramón, no eres un muchacho neurasténico ni padeces conjuntivitis alguna. Ramón, muchacho normal... Pero la gringa se parece, quieras o no, esencialmente... qué sé yo... al jacarandá de la calle Mott.

\*

\* \*

En el tranvía. Las siete y media de la mañana. Un asomo de sol bajo las cortinillas bajas.<sup>26</sup> Humo de tabaco. Una vieja erecta. Dos curas mal afeitados. Dos horteras.<sup>27</sup> Cuatro mecanógrafas, con el regazo lleno de cuadernos. Un colegial —yo—. Otro colegial — Ramón—. Huele a cama

---

<sup>25</sup> Armadura de carey.

<sup>26</sup> Las ventanas de los tranvías llevaban en su parte superior unas ligeras cortinas enrollables.

<sup>27</sup> Muchacho: empleado menor en tiendas de comercio.

y a creso.<sup>28</sup> El color de sol se posa en los cristales de las ventanas por el lado de fuera como una nube de pálidas mariposas traslúcidas. Súbito exceso de pasajeros. Una vieja siniestra, con la piel de crespón, del mismo crespón de su manto,<sup>29</sup> en el asiento que ocupaba Ramón. Ramón, colgado de una puerta —la del motorista girando la cabeza y los ojos en direcciones opuestas. En las gafas de Ramón hay un manso fulgor de filosofía. Ramón lleva la última tarde —la de ayer— en la cartera. El va al colegio, porque va atrasado, y él va atrasado porque va al colegio. Yo voy con él, cerca de él, con oscuro disgusto de que mis pies no lleguen al suelo. Pero, en cambio, en mi mano demasiado larga, caben los lomos de todos mis textos. Y ello es un gusto, casi un consuelo, para mis catorce años pedantes. Mi vida pende de una primera nota como una miguita de pan de un hilo de telaraña. Ramón, de pronto, me tiende por sobre una calva, una estampa en que hay un ángel con cara de estreñido y un crepúsculo bellaco en primer término. Un regalo de Catitarra, rre, rri, rro, rru, tontería de internado, retozo de monjas y la soga larga de saltar que hace elipses de tarde. Catita, dátil de palmera del desierto... Pero al señor sólo son gratos los dátiles de las palmeras que poda «Mamére»;<sup>30</sup> los dátiles que agradece en una canastita con un lazo perfecto de seda blanca en el asa —mariposa mentirosa— el inverosímil señor capellán. Dátiles inocentes, dátiles de Palestina... —Los arrabales de Lima. Una fábrica de aceites hincha su barriga pringosa y sopla como una vieja borracha — Lima. La policía, en la mañana de un hondo azul, pelotea de uniforme a uniforme un silbido en pañales, que chilla y se tapa los ojos con los puños. Y, de pronto, la sombra del colegio se me mete en los ojos como la noche...

\*

\* \*

---

<sup>28</sup> Sustancia oleosa que, mezclada con agua. Se usa para la desinfección de ambientes.

<sup>29</sup> Gasa tupida y crespá que se utilizaba en la confección de mantas para lutos.

<sup>30</sup> Trato dado a la Superiora de algunas congregaciones religiosas francesas: Ma mere (mi madre).

Mi primer amor tenía doce años y las uñas negras. Mi alma rusa de entonces, en aquel pueblecito de once mil almas y cura publicista, amparó la soledad de la muchacha más fea con un amor grave, social, sombrío, que era como una penumbra de sesión de congreso internacional obrero. Mi amor era vasto, oscuro, lento, con barbas, anteojos y carteras, con incidentes súbitos, con doce idiomas, con acecho de la policía, con problemas de muchos lados. Ella me decía, al ponerse en sexo: eres un socialista, y su almita de educanda de monjas europeas se abría como un devocionario íntimo por la parte que trata del pecado mortal.

Mi primer amor se iba de mí, espantada de mi socialismo y mi tontería. «No vayan a ser todos socialistas...» y ella se prometió darse al primer cristiano viejo que pasara, aunque éste no llegara a los doce años. Sólo ya, me aparté de los problemas sumos y me enamoré verdaderamente de mi primer amor. Sentí una necesidad agónica, toxicomaniaca, de inhalar, hasta reventarme los pulmones, el olor de ella: olor de escuelita, de tinta china, de encierro, de sol en el patio, de papel del estado,<sup>31</sup> de anilina, de tocuyo vestido a flor de piel —olor de la tinta china, flaco y negro—, casi un tiralíneas de ébano, fantasma de vacaciones... Y esto era mi primer amor.

Mi segundo amor tenía quince años de edad. Una llorona con la dentadura perdida, con trenzas de cáñamo, con pecas en todo el cuerpo, sin familia, sin ideas, demasiado futura, excesivamente femenina... Fui rival de un muñeco de trapo y celuloide que no hacía sino reírse de mí con una bocaza pilluela y estúpida. Tuve que entender un sinfín de cosas perfectamente ininteligibles. Tuve que decir un sinfín de cosas, perfectamente indecibles. Tuve que salir bien en los exámenes, con veinte —nota sospechosa, vergonzosa, ridícula: una gallina delante de un huevo—. Tuve que verla a ella mimar a sus muñecas. Tuve que oírla llorar por mí. Tuve que chupar caramelos de todos los colores y sabores. Mi segundo amor me abandonó como en un tango: un malevo...

---

<sup>31</sup> Equivalente al antiguo Papel Sellado y a las actuales Especies Valoradas.

Mi tercer amor tenía los ojos lindos y las piernas muy coquetas, casi cocotas.<sup>32</sup> Hubo que leer a Fray Luis de León y a Carolina Invernizzio. Peregrina muchacha... no sé por qué se enamoró de mí. Me consolé de su decisión irrevocable de ser amiga mía después de haber sido casi mi amante, con las doce faltas de ortografía de su última carta.

Mi cuarto amor fue Catita.

Mi quinto amor fue una muchacha sucia con quien pequé casi en la noche, casi en el mar. El recuerdo de ella huele como ella olía, a sombra de cinema, a perro mojado, a ropa interior, a repostería, a pan caliente, olores superpuestos y, en sí mismos, individualmente, casi desagradables, como las capas de las tortas, jengibre, merengue, etcétera. La suma de olores hacía de ella una verdadera tentación de seminarista. Sucia, sucia, sucia... Mi primer pecado mortal...

\*

\* \*

El puerto quedaba atrás, con su collar de luces y su gorda silueta de amor para hombre serio y nada gastador. Cincuenta mil almas. Y una alegría tan lejos, tan lejos, al otro lado del puerto —curva monstruosa en el mar el canal de Panamá, el Océano Atlántico, la línea Grace<sup>33</sup> y los etcéteras del destino—. De pronto —él no supo cómo— París. Y sesenta capítulos de una novela que él había estado haciendo abordó: —mil cuartillas negras de letras que le asustaban la cordura a Manuel, cosas de locos, gritos, todo sin motivo. La americana<sup>34</sup> de él se tensó y endureció con ese fajo de histeria y conflicto. Porque la novela era un conflicto de histerias —una mujer se arrojó en los brazos del millonario y éste la mordió en el mentón—. Autobiografía astral, qué sé yo... Un bus

---

<sup>32</sup> Del francés *cocolte*, prostituta. Aquí se aplica con el significado de llamativa, desprejuiciada, desvergonzada.

<sup>33</sup> Se refiere a la compañía naviera Grace Line Navigation Company.

<sup>34</sup> Tipo de saco sport.

silencioso de muelles y jebes llevó a Manuel en un ahogo de oscuridad y rapidez al hotel. Una racha de niebla, frío, garúa y gas de bencina infló la cortina y dejó sobre el alféizar de la ventana un vaho de victrola<sup>35</sup> — cacucho, adulterio, jarabe de bolsitas... —. Así hubiera abandonado una cigüeña un niño en la cama de una soltera, por equivocación, por cansancio, por broma... Como en Barranco, ni más ni menos. El se desvistió. Ya desnudo, no supo él qué hacer; quiso salir a la calle, volver a Lima, no hacer nada. Se metió en la cama —temprano, aburrido y remolón— y se durmió profundamente. En un momento volvió él a Lima, al jirón de la Unión, y eran las doce del día. Un Hudson<sup>36</sup> sucio de barro se llevó a Ramón por una calle transversal que asustaba con sus ventanas trémulas, medio locas. Un ficus móvil transitó por la calle densa de seminaristas, busconas y profesores de geometría —mil señores vejean, el cuello sucio, la mano larga—. Manuel se despertó, y ahora era París con su olor de asfalto y su rumor de usina y sus placeres públicos. Manuel visitó a los cónsules latinoamericanos; en el Louvre, bajo mamarrachos de colores, una cocota sentimental abandonó una mano suya —áspera y reseca— en las dos de él, cadavéricas; en el Moulin Rouge, él pecó de veras; en el puente de Alejandro III, una estrella limeña le sonreía en el borde del ala de su sombrero. Y un día — él no supo cómo— se despertó en, Lima, en su frazada azul celeste, bajo las alazas bobas de su ángel guardián. Ahora era Lima con su olor de sol y guano y sus placeres solitarios; Manuel no supo qué hacer —volver a París, salir a la calle, no hacer nada... Y se quedó profundamente dormido otra vez.

El acantilado hendía su escarpe<sup>37</sup> en ficus, en tierra mojada, en acequias, en musgo, en plantas trepadoras, en quioscos japoneses, de arriba abajo, desde la Parroquia hasta la playa. De pronto se torcía la siniestra, rampante ruta. Y por un tobogán techado —por un lado, luz; por el otro, una gruta de artificio y una madona invisible, y un milagro de velas que alumbraban bajo goteras— se caía en la plataforma.<sup>38</sup> Una vieja ternura

---

<sup>35</sup> Fonógrafo. Tocabiscos que funcionaba a cuerda.

<sup>36</sup> Marca de automóvil norteamericano.

<sup>37</sup> Declive áspero de cualquier terreno.

<sup>38</sup> La bajada a los antiguos baños de Barranco que se deslizaba bordeando el acantilado, estaba protegida por un ligero techo de madera que a su vez sostenía breves enredaderas.

tocaba al piano cosas de Duncker Lavallo, y un violín escondía la voz tras una italiana obesa, desconocida y millonaria. Un viejo, abajo, en el mar, asperjaba<sup>39</sup> a los curiosos de su calva con el agua que le fluía, por las manos, de los redondos brazos huecos: y el viejo era una bomba aspiración y dos manos de párroco perdonadoras y joviales. Aquí uno quiere poner letreros suyos sobre las indiferentes puertas apersianadas: "Es prohibido pecar en los pasadizos", "Se suplica a los bañistas no hablar en inglés", "No se permite destruir el local completamente", «Etcétera». Aquí lo posee a uno cierta cultura frenética, infantilista, experimentada y aburrida, crítica y diletante, Paul Morand en un yate de vela, con su amante sin raza y sin orejas, camino de Siam, como en las notas sociales. Cendrars, que viene al Perú a predicar entusiasmo de explorador bávaro y espontáneo: (turistas linchados, plantaciones de trigo y el hombre que estrangula a su destino). Radiguet, paseando en puntillas a su querida, súbitamente afeada de un marido heroico. Istráti, en un tufo de queso de Holanda, bodega de buque y miseria eurásica. Todos iguales a los demás, todos indistinguibles, inafiliables —secretarios de legación, herederos de fábricas de tejidos, externas de colegios de monjas europeas, universitarios aplazados, beatas que han venido en busca de salud, de santo escándalo, de experimento espiritual Baedeker<sup>40</sup> excesivo, guía de no sé cuál Pentápolis vanguardista, nacionalismo inconfesable, tremenda corazonada... Un charleston<sup>41</sup> borracho sacude a una jamona como un costal lleno de tacos de madera. Un policía se frota las manos unguadas y tunantes. El funicular rubrica modernamente el oficio prerepublicano del acantilado. Lima, Lima, al fin... Y todo no es sino una locura y un establecimiento peruano de baños de mar, y un criollo y prematuro deseo de que Europa nos haga hombres, hombres de mujeres, hombres terribles y portugueses, hombres Adolphe Menjou, con bigotito postizo y ayuda de cámara, con una sonrisa internacional y una docena de ademanes londinenses, con un peligro determinado y mil vicios inadvertibles, con dos Rolls

---

<sup>39</sup> Salpicaba.

<sup>40</sup> Guía turística. Su nombre deriva del de su editor Karl Baedeker (1801-1859).

<sup>41</sup> Baile de origen norteamericano, de moda en los años 20.

Royces<sup>42</sup> y una enfermedad alemana del hígado. Nada más. Bad Nauheim, Cauterets,<sup>43</sup> el París estival... Nada de eso.

\*

\* \*

Ella tenía una blusita parroquial y un dedito índice muy cortés. Maestra fiscal. Veintiocho años. Salud cabal. Resignación cristiana a la soltería. La carita, muy blanca. La naricita, muy frágil, y unos lentecitos que ataba a la oreja derecha una levísima cadenita de oro. Y, sobre todo, jabón de Reuter —olor blanco y pedagógico—. La piel de ella en la nariz era más fina y sensible que en cualquiera otra parte de su cuerpo, aunque esto nadie pudo llegar a comprobarlo. Pero, ¡bah!... también todo el mundo sabía que ella no se casaría nunca, y esto nadie podía comprobarlo de antemano, y, sin embargo, ello era verdad. ¡La verdad...!, un entusiasmo de fraile misionero, un tema de cornudo frenético, lo malo de un libro bueno, lo que sea, pero no la piel de una pedagoga de veintiocho años, ¿verdad? La nariz de ella la llenaban los lentes de dificultades: ellos eran un falderillo que ladraba reflejos. También las costumbres modernas y las noticias de «La Prensa»<sup>44</sup> fruncían: su nariz, pero menos, menos... A las siete de la mañana, florecía la cara de ella —insólita, inesperable flor— una mata de begonias de una maceta verde en su ventana, en el alféizar de su ventana, en su casa, en su casa, en su casa. Pin, pin, San Agustín...<sup>45</sup> Después la cara de ella acababa por arriba un cuerpo largo, seguro, firme, de ángel guardián, de virgen prudente, de soltera voluntaria. En un torpe revolotear de sábanas en su alcoba —tonto aleteo inútil de ganso enjaulado— se iniciaba la cotidiana vida de la señorita Muler, negación del Fisco, mujer de su casa, doméstica, longa,

---

<sup>42</sup> Marca de automóvil de lujo.

<sup>43</sup> Bad Nauheim, Cauterets: Estaciones termales. Fuentes de aguas medicinales. en Europa. Hesse, Alemania, la primera; en Argeles. Francia, la segunda.

<sup>44</sup> Diario limeño. Apareció en 1903 y 1984.

<sup>45</sup> Popular ronda infantil.

blanda, íntima y fría como una almohada de cama a las seis posmelidiano. La señorita Muler todo lo hacía bien, con silencio, con indiferencia, con desgana. La taza, en el desayuno, la cogía ella con el dedo pulgar y el índice, como en una cita, y toda la mano se la hacía unas tenazas vitales, duras, inteligentes. Y su dedo índice, más curvo que nunca, tenía entonces virtud, exotismo, sonrisa, tristeza de exduque ruso camarero en Berlín. A las nueve de la mañana, la señorita Muler con las campanadas del reloj se volvía en un instante maestra fiscal, instrucción elemental, sostén del estado: decía que no, y abolaba<sup>46</sup> as manos. En la tarde, se sometía la señorita Muler a los rumores, a los colores y a los olores, y tejía poesía con los palillos de sus piernas y de sus brazos, marfiles siempre nuevos como en las encías de un elefante. Posibles disparates de solteroncita: ubicuidad, corona y cetro, un prado celeste, ser un pájaro con cabeza de clavel, morir como una santa, ir a París... Dormida, soñaba ella con Napoleón jinete en un caballo verde y con Santa Rosa de Lima. Ella solamente lloraba con pañuelo. Decía: «Bon Dieu», y se reía en escala, sin ganas. No comprendía a Eguren, pero le conocía de vista. Murmuraba: "De ninguna manera"... con los ojos alejadísimos. Y: «con mucho gusto». Y: «Jesús, Jesús...». Ponía un dedo medio y perpendicular sobre la página del libro que leía. Etcétera. La señorita Muler soñó con él una noche, a los tres días de haberle conocido. Antecedía a Ramón en el turno, un coronel que ganaba una Guerra del Pacífico —un sueño patriótico, de texto escolar nacionalista—. Al fin penetró Ramón en la subconciencia de la señorita Muler; y una noche mi amigo predilecto se metió a fraile: él venía de Palestina, a lomos de místico Kakison: Lima se hizo un ovillo de torres: campanadas caían como piedras en un laberinto de terrones; un ángel italiano cantó en latín; una trompeta de «boy-scout» llamó sólo a los hombres de buena voluntad; el Jordán escapaba riendo al cielo por el mediojo del puente bonachón<sup>47</sup> del virrey Superunda; Ramón, en hábito de mercedario y con la luna de Barranco en las manos, apaciguaba los elementos y tosía horriblemente la señorita Muler se enamoró de Ramón. Ramón no se enamoró de la señorita Muler. La señorita Muler tenía veintiocho años; Ramón, dieciocho, pero a pesar de todo, Ramón no se enamoró de la

---

<sup>46</sup> De abolar: hacer bolas.

<sup>47</sup> Se refiere al Puente de Piedra sobre el río Rímac.

señorita Muler. Desde un millón de puntos de vista, en un tango largo como un rollo de película, filmaba una victrola a cámara lenta, el balneario— amarillo y desolado como un caserío mejicano en un fotofolletín ganaderesco de Tom Mix—. Y, detrás de todo, el mar inútil y absurdo como un quiosco en la mañana que sigue a la tarde de gimkana. Y un triángulo de palomas vulgares se llevaba los palotes de la señorita Muller en el pico, románticamente.

\*

\* \*

Un alemán zapatonudo que olía a cuero y jabón sanitario alquiló un cuarto lleno de telarañas en casa de Ramón. Había otro, recién empapelado y también en alquiler, pero el telarañoso tenía una gran ventana que daba a un jardín ajeno, lleno de saúcos, con un Eros de yeso y una lora terrible sobre la cabeza de éste. Una golondrina que cazaba pulgas en el entarimado cuando Herr Oswald Teller, examinaba por primera vez, atentísimamente, la habitación con la lupa redonda de su frente, le decidió a alquilarla sin demora, temeroso de que un tal Herr Zemmer o un tal Herr Dabermann llegara a saber que se alquilaba un cuarto con golondrinas y jardín, con Amor de yeso y con aires de mar. A la mañana que siguió a esa tarde, los ojos desengafados y legañosos de Ramón vieron bajar de una carreta el retrato de Bismarck, el violín, las polainas, el Rucksack,<sup>48</sup> los siete idiomas; el microscopio, el crucifijo y el jarro cervecero de Herr Oswald Teller, quien mudaba de residencia «mit Kind und Kegel»,<sup>49</sup> con todo lo suyo. Al fin descendió de la carreta Herr Oswald Teller en persona, gordo y mojado como la mañana. Venía él al lado, y las piernas diminutas se le enredaban en las cerdas de la cola de

---

<sup>48</sup> Mochila.

<sup>49</sup> Frase alemana que puede traducirse por sus equivalentes castellanas: «cargar con sus bártulos», «irse con armas y petates».

la mula que balaba la torpe carreta de plancha.<sup>50</sup> La Martinita, mula inmensa, vieja y mañosa como una tía política... y Herr Oswald Teller hablaba al carretero de las mañanas de Hannover, de la luna llena, de la industrialización, de América, de la batalla del Mame... y las erres le salían del estómago, y las miradas le fluían del cerebro, y los recuerdos le patinaban en la nieve azulina. Y Herr Oswald Teller paró en seco su hablar cuando la Martinita paró en seco su halar. El negro Joaquín mascaba su jeta, negra e imaginaba el mar, remoto y perpendicular, en el mar de la niebla, por entre las orejas de su mula, con una hosquedad y un hermetismo de ídolo javanés. La niebla del mar olía a mariscos, y el mar estaba suspenso en la niebla. Se desató sobre la vereda una lluvia, oscura, densa, parva, breve, de periódicos ilustrados alemanes, «Fliegende Blätter», «Garten und Laube» —revistas de carátulas en que había desnudos horribles, cósmicos, bravos júbilos de una pintura arquitectural, wagnerizante...— Después, todo estuvo en el cuarto de Herr Oswald Teller. Herr Oswald Teller lo acomodaba todo. El pregón de una lechera cayó, inesperado, en medio del cuarto y, al cabo de un minuto, las seis campanadas de las seis de la mañana. Las seis campanadas de las seis de la mañana se las metió Herr Oswald Teller en un bolsillo de la cazadora, y el pregón de una lechera lo prendió en el peine con que se peinaba la calva (un día, Herr Oswald Teller dijo a Ramón que, al peinarse, él se sentía feliz, olía establos, se creía en Hannover; y el pregón de la lechera todavía era en el peine un reflejo de luz campesina, celeste y quieta). En las tardes, en las largas prenoches del invierno de Urna, Herr Oswald Teller, desde su cuarto mohoso, anegaba la casa de música y genialidad. Mozart, liquidado, descendía las escaleras y se empozaba en las oquedades como una lluviaza que hubiera traspasado los techos. Ramón rabiaba. Retreta clásica... Brrr... Música vieja, intransigente, que se impone a la admiración de los veinte años, a fuerza de advertencias, de horribles advertencias de abuela llenas de sensatez... y Ramón se alargaba en su butaquita, y se endurecía. Y escuchaba y acababa mareándose, con una flauta mágica en los tímpanos.<sup>51</sup>

---

<sup>50</sup> Carro de carga halado por muías, con una amplia superficie y dos grandes ruedas de madera.

<sup>51</sup> Se refiere a la obra de Wolfgang Amadeo Mozart.

\*

\* \*

Lulú vestía una batita fiesca y dura como una hoja de col. Su rostro de muñeca de solterona, tenía los colores demasiado vivos. Había sin duda que dejarla envejecer, descolorarse. Daba ganas de colgarla al sol, de la treza. Lulú era el terror de las beatas parroquiales —regaba tachuelas en las bancas del templo; llovía el agua bendita sobre las fieles; enamoraba al sacristán, desconcertaba el coro; pisaba todos los callos, apagaba todas las velas... y era buena: una almita pura que sólo quería alegrar a Dios con sus travesuras. Lulú era una santa a su manera. Y en medio de aquel rebaño apretado y terco de santas a la manera eclesiástica, la santidad salvaje y humana de Lulú descollaba como una zarza sobre un sembrío de coliflores.

\*

\* \*

Malecón, el último de Barranco yendo a Chorrillos. Zigzagueante, marina en relieve tallada a cuchillo, juguete de marinero, tan diferente del malecón de Chorrillos, demasiada luz, horizonte excesivo, cielo obeso en cura de mar. Malecón de Chorrillos. Superpanorama, con una cuarta dimensión, de soledad... y todo el mar varía con los malecones — en éste, viaje de transatlántico; en ése, ruta de Asia; en aquél, la primera enamorada—. Y el mar es un lío de Salgari, o una orilla de Loti, o un barco fantástico de Veme, y nunca es el mar glauco, de zonas lívidas, incoloras, con hilos de palillos, pleno de costas mínimas y lejanías flacas. El mar es un alma que tuvimos, que no sabemos dónde está, que apenas recordamos nuestra —un alma que siempre es otra en cada uno de los malecones—. Y el mar nunca es el mar frío y nervudo que nos apretaba,

en sus lujurias estivales, la niñez y las vacaciones —. Malecón lleno de perros lobos y niñeras inglesas, mar doméstico, historia de familia, el bisabuelo capitán de fragata o, filibustero del mar de las Antillas, millonario y barbudo. Malecón con jardines antiguos de rosales débiles y palmeras enanas y sucias; un foxterrier ladra al sol; la soledad de los ranchos se asoma a las ventanas a contemplar el mediodía; un obrero sin trabajo, y luz, la luz del mar, húmeda y cálida. Malecón con cuadros de césped seco, la inquietud de la primera cita con la muchacha que nos amábamos del todo —sobre este malecón hay un cielo diverso, que detona junto al cielo del mar—. Malecón con sólo una hora de quietud: la de las seis de la tarde, los dos cielos gemelos, uno sin solución de continuidad, los dos con las mismas gaviotas y melancolías.

\*

\* \*

Sol amplio, duro, firme, del acabar de febrero. No hay sombra posible en este mediodía, artificial, exacto, inalterable. La noche no llegará nunca. Son las dos de la tarde, y el sol aún está a la mitad del cielo en una atracción, terca y boba de la tierra. Resplandece el yeso de las calles —el blanco, el amarillo, el verde claro, el azul celeste, el gris perlino— los colores perfectos, prudentísimos, de las casas de Barranco. No huele a nada sino a calor, solamente a calor—un sólido olor de aire máximamente dilatado—. Suenan metales y lozas en las ventanas. Astas sin bandera con una cuerda laxa que se hace un lazo encima de las cornisas. La campanada de la una del día deshace en el aire fofo su borra de sonido,<sup>52</sup> y cae sobre Barranco en vuelo de parvas, leves blancuras plumón de la hora que voló al mar. Fin de almuerzo que es soledad de calles, y argentino, cálido silencio, y rebrillar de calzadas de redondas piedras auríferos, de piedras de lecho de río, sedientas y acezantes. Una carreta se lleva en su chirriar y en su golpear toda la fiebre de un jirón de

---

<sup>52</sup> Sedimento que forman algunos líquidos. En este caso, figuradamente, sedimento de sonido «que se deshace en el aire».

calles que se han recorrido —pesadillas, seres fantasmales, amarguras, sístoles y diástoles sordos...—. El bochorno golpea isócrono los tímpanos de los cristales de las ventanas —membranas tensas, dolorosas—. Y el jirón, tras la carreta, queda pálido, convalesciente, sin dolencia y sin salud. Y la carreta se va a los extramuros, a quemar el mal de las calles en la fogata del ocaso remoto. Platanares en la memoria... Cada ruido choca con el aire duro y es un golpe. Las tres de la tarde. Y un tranvía canta con toda el alma con la guitarra del camino de Miraflores, parda, jaranera, tristonra, con dos cuerdas de acero, y en el cuello de ella, la cinta verde de una alameda que bate el aire del mar. Tranvía, zambo tenorio...

\*

\* \*

Ella me gritó que me quería con toda su cara, fresca y cubierta más que nunca de pelusas de toalla; desnuda, fría y jugosa en el mameluco amarillo como las naranjas por dentro; casi me cayó en los brazos —lo impidió un aire contrario—; le dije que estaba aterradora e inofensiva como un lobo de mar; no me creyó; le temblaron las pantorrillas glúteas, lívidas; yo la reproché su impertinencia, su impudicia, su mala fe, sus diecisiete años, sus pies descalzos que podían herirse; ella me advirtió que mordía como los tramboyos en tierra, y me enseñó su dentadura piscina; también sabía arañar, como las nutrias perseguidas—desenvainó lentamente las uñas nada córneas: calinas opacas—; dejó que no me asustara; bajamos al playón, creo que por una sogá, como los gatos de los vapares caleteros;<sup>53</sup> retornamos a la glorieta en el agua; ella me midió la locura en los ojos con los suyos; se afirmó con un esguince<sup>54</sup> —los tirantes de su desnudez en los hombros, pálidos, quiso decirme como a los niños caprichosos: «Seriecito, o no hay merienda...», pero

---

<sup>53</sup> Los barcos que hacen su recorrido tocando todas las pequeñas caletas de la costa.

<sup>54</sup> Ademán o movimiento que se hace con el cuerpo, hurtándolo o torciéndolo para evitar un golpe o una caída.

temió hacerme llorar. Mi tórax de muchacho estudioso la disuadió de mis palabras; me perdonó; se puso natural; el fijo le radiografió los muslos y le anudó los brazos; miró a lo lejos del muelle redondo; de pronto, en una parábola estupenda, incomprensible, se arrojó en el semimar de los bañistas, de cabeza, detrás de su peluca invertida, que pendía como los tentáculos de un pulpo de un garfio en el mercado. Hubo que esperarla en la playa, bajo la terraza —penumbra de caverna marina— entre comerciantes mayoristas —cetáceos friolentos, peludos, verticales— y hedores de marisco —humos verdes— ; ella salió de su remojón vestida de agua ; ya no me quería; los dos, bajo la plataforma; pensé en una aguamala<sup>55</sup> cáustica y linda, pero no...; la cogí de una mano que se escurría como un pez; la arrastré en una dolorosa carrera sobre guijarrones esféricos, hasta la luz y lo desierto; se me insensibilizaron los talones; tropezamos las manos enlazadas con un riel erecto, inútil, que equilibraba una piedra tonta en la punta, y nos desunimos; ella quiso ser un riel que no se pudiera arrastrar por la playa así no más; una lagartija de azogue se llevó una triste mirada suya; quiso perdonarme con toda su alma y yo no lo permití; se cayó el vestido de humedad de ella; golpeó la playa con las rodillas, y dijo que no...

\*

\* \*

En esta tarde, el mundo es una papa en un costal. El costal es un cielo blanco, polvoso, pequeño, como los costalitos que se utilizan para guardar harina. El mundo está prieto, chico, terroso, como acabado de cosechar en no sé qué infinitud agrícola. Me he salido al campo a ver nubes y alfalfares. Pero he salido casi a la noche, y ya no podré oler los olores de la tarde; táctiles, que se huelen con la piel. El cielo, afiliado al vanguardismo, hace de su blancura pulverulenta, nubes redondas de todos los colores que unas veces parecen pelotas alemanas, y otras

---

<sup>55</sup> Malagua.

verdaderamente nubes de Norah Borges. Y ahora tengo que Oler colores. Y el camino por el que voy se hace un cruadrivio.<sup>56</sup> Y los cuatro caminejos que ha parido el camino chillan como recién nacidos: quieren que se les meza, y el viento, que, al venir la noche, se vuelve un mozo cabaretero, no quiere mecer caminos: el aire se viste pantalones de Oxford,<sup>57</sup> y no hay manera de convencerle de que no es un hombre. Me alejo del cielo. Y, al salir del campo, limitado por urbanizaciones, advierto que el campo está en el cielo: un rebaño de nubes gordas, vellonosísimas, con premios de Exposición, trisca<sup>58</sup> en un cielo verde. Y esto lo veo de lejos, tan de lejos, que me meto en cama a sudar colores.

\*

\* \*

Las tardes eran blancas en invierno, y en verano, de un oro rojizo, de un oro creciente que al fin se hacía sol —un sol que llenaba todo el cielo— . Las tardes de invierno eran blancas, de una blancura traspasada y luminosa de cristales de sal, y el sol en ellas era un sol de plata con la circunferencia mellada. Pero en marzo hubo un lunes con la tarde rosa, una tarde de la decadencia de D'Annunzio, y allí todo el mundo se enterneció con la tarde rosa. Largas filas de viejas friolentas (chales negros en los pescuezos amarillos de tendondes rojos); —viejos panzudos con el amigo que nada es, al lado— (cotizaciones del algodón, manos peludas con el anillo matrimonial, y lentes, y anteojos, y gafas, y párpados esféricos, y arrugas que parecían de maquillaje). Pero de pronto, lo rosa se puso rojo; y el ocaso fue el de todos los días; y la concurrencia al cine celeste desaprobó que se hubiera alterado el programa. ¿No se daba «Divino Amor»? El argumento era de

---

<sup>56</sup> Lugar donde se juntan o convergen cuatro sendas o caminos. Encrucijada.

<sup>57</sup> Pantalones de paño de lana gris.

<sup>58</sup> Salta, retoza, travesea.

D'Annunzio, el héroe de Fiume, un bachiche<sup>59</sup> calvo que hacía versos, un hombre inverosímil, una fantasía nacional italiana, un aviador, un perdido, un autor en el Índice,<sup>60</sup> un espectáculo que no se podía perder... Valentino... paisajes de ensueño... Pasión, sacrificio, celos, lujoso vestuario, la vida del gran mundo... y, de pronto, ¡nada!, la ramplona epopeya del estío, el cielo rojo, el cielo sol y la noche como un grito. La respetable concurrencia se retiró pataleando bravamente, correctamente, como cumplía a ella, gente sabidora de sus derechos, gente seria, gente honorable. Súbitamente el cielo tuvo un «vean» de placera, y entonces no hubo sol ni estío ni nada: sólo hubo unas posaderas al aire, unas posaderas tremendas enrojecidas por un asentamiento larguísimo. La concurrencia se prometió apelar al alcalde. En la calle Matti, los ficus se dormían a prisa para despertar temprano. En una ventana, un piano viejísimo se moría de amor, como el duque de Hohemburgo —calva rosa, patillas blancas— en no sé cuál opereta de Kallmann.

\*

\* \*

Nos bañábamos en la tarde y el mar, a la izquierda del poniente que disimulaba el muelle como algo prohibido por el municipio y que podía hacer clausurar el establecimiento. La mamá de Lalá se cogía de una ola deshecha de la pleamar, ola forzada, crinosa y torpe como un búfalo — en las espumas buscaba la pobre señora una de sus manos que se llevaba la ola—. El día anterior —un ayer maligno frío— fue una de sus zapatillas lo que se perdió, cuando ella notó su pie calato, porque pisó con él a un gringo submarino; la zapatilla no flotaba ya —como era de jebe—; el gringo asomó su amorfa cabeza de buzo; la mamá de Lalá pidió perdón; el gringo no entendió; la señora hizo un «yes», mentalmente, rápidamente, entre dos tumbos. La señora había

---

<sup>59</sup> Peruanismo, por italiano.

<sup>60</sup> Se trata del índice Expurgatorio o catálogo de autores y obras que se prohíben o que manda corregir la Iglesia Católica.

encontrado la mano perdida en las de un turco próximo y regocijado, que por turco no debía haber sido permitido de bañarse, etcétera. Lalá me enseñó el pezón de uno de sus pechos. Yo me escondí en el mar. Lalá ya podía ser mi novia. La señora surgió como un sumergible. Vestida de baño, ella no era ella. Los perniles de la trusa y las mangas del blusón los tenía hinchados de agua. Le atravesaba la cara, del pelo al mentón, el chirlo<sup>61</sup> de un rojo mechón de cabellos mojados, que ella restañaba con la punta morada de la lengua. Un cordón de escapulario le ceñía, apretado, un hombro como para una sangría. Desafió la vieja a la bañistería, batió el mar y se hizo sombra de la sombra de abajo de la plataforma. El océano mar descendió. Arriba, en una zona azul del cielo, parpadeó la luna creciente con el pleamar frustrado. Las piedras, que en un ruido horrible habían huido de la ruta de la mamá de Lalá, se nos vinieron a los pies, animadísimas, familiares. La arena corría por abajo —quería tumbarnos y llevarnos a altamar como caracoles—. Lalá se perforaba las orejas con los meñiques; sus ojos y sus dientes castañeteaban. Yo la besé súbitamente, sin motivo, detrás de una ola achacosa y complaciente que no seguía adelante; el beso resonó en la tarde como en un teatro. El agua estaba negra y verde a motas. Los rieles del muelle se quebraban y deshacían por abajo en estrías de sombra, en sombras de peces, en manchas de sombra... Parecía que todo iba a derrumbarse —el cielo con el horizonte en llamas; el mar, lleno de agujeros de oleajes; el muelle con los hierros que se disolvían en el mar—. Yo no quería a Lalá. Mis dedos estaban arrugados, endurecidos. —Lalá sopló sobre ellos un aliento húmedo y tibio de pulverizador de peluquero—. Salimos del baño como del lecho, como de un sueño... Lalá bostezó.

\*

\* \*

---

<sup>61</sup> Herida o cicatriz en la cara, como la que deja una cuchillada.

Yo imagino a aquel hombre como una vaga estatura de la que pendía un saco mal cortado. Algunas palabras en el diario de Ramón intentan —en vano— rehacer íntegra en mi cerebro la imagen de aquel hombre, destrozada, dispersa. «En un rostro de cera, los ojos de perro, llenos de una dulzura que toda era indiferencia. Y uno de los índices —el de la mano derecha, el dedo de los ociosos, el de los canónigos, el de los muchachos— rígido, amarillo de tabaco. Y el bigote ceniciento, de guías doradas, que parecía brotar de las fosas nasales como una dura humareda de alquitrán... Y los pantalones, huecos vacíos, curvados por rodilleras tremendas...» Así dice el diario de Ramón, el cuaderno de tapas de negro hule lleno de palabras que no sé cómo vino a parar en las manos de la señorita Muler, preceptora fiscal y directora del centro escolar «República de Haití». ¡Ah, las manos de la señorita Muler...! ¡Cómo se movían entre los chismes de escribir y las gramáticas de cartón, rudimentos de geografía con angélica limpieza, con fantástica seguridad! Pero estos apuntes no sé si serán verdaderamente la imagen que de aquel hombre había en Ramón o simplemente locuras que se bajaron a los dedos de mi amigo cuando escribía su diario, trasmutados en tontas ganas de señalar algo.

¿Habrá existido alguna vez aquel hombre? ¿Habremos soñado Ramón y yo? ¿Lo habremos creado Ramón y yo con facciones ajenas, con gestos propios? ¿Nos habrá llevado el aburrimiento a hacer un hombre? ¿Tenía aquel hombre memoria, entendimiento y voluntad?... Porque yo veo ordenarse los datos que dice Ramón ahora mismo, humanamente, en una atmósfera de verano densa y amarilla. Yo también veo a aquel hombre disperso, incompleto, medio locura, medio ambiente, medio verdad, con la barriga de aire y las pantorrillas de horizonte marino, vertical, charadesco,<sup>62</sup> embromado, al filo de un malecón sin baranda. Quizá todo no es sino elementos esenciales, fechas fisonómicas, cruces y mayúsculas, taquigrafía de observador viandante que en un momento dado rehacía en la gorda y crinuda cabeza de Ramón, la imagen de aquel hombre, que, en verdad, existía. Yo siento ahora un deseo de tener delante a aquel hombre para hacerle las tremendas preguntas cuyas respuestas revelan la humanidad o la inhumanidad de un sujeto. «¿Es

---

<sup>62</sup> Propio de una charada o un Juego de adivinación.

usted leguista?<sup>63</sup> ¿De cuál marca fuma usted? ¿Mantiene usted una querida? ¿Siente usted calor?». Si aquel hombre respondiera que él era monarquista, que él no fumaba por carecer de narguilé,<sup>64</sup> que él amaba a una vieja piadosa; que él no sentía calor sino en invierno, ya podría yo saber con certeza que aquel hombre lo habíamos hecho nosotros, Ramón y yo, en una hora de ocio y crepúsculo, en tanto que el sol rodaba silenciosamente, rapidísimamente, por el cielo cóncavo, rojo y verde, como una pelota milanese. Es indudable que hay hombres que no son sino sus pantalones vacíos. Niños hay que no son sino la alegría de la gorra marinera —niños que ni siquiera son la gorra que llevan—. Mujeres hay que apenas son una mano postiza en la cartera de piel de asno. Frailes que apenas son una arruga de una sotana. ¿Qué será aquel hombre?

\*

\* \*

Posmediodía, vahos de sol y un jugueteo de aburrimientos pueriles... Catita, mal corazón... Nada hay que hacer, nada en qué pensar, nada en qué desear, Catita, mal corazón... Pero, ahora Catita nada me importa. Una calle iluminada de silencio —por ella se van nuestros ojos de nosotros, nuestros ojos, niños incautos y curiosos—. Y nosotros nos quedamos ciegos. Y un aire de yaraví enfría un poco de calle con su aliento de puna. Después, nada, ni siquiera nosotros mismos, tú y yo. Fernando, cara devota y pantalones largos.

---

<sup>63</sup> Llámase así a los militantes del Partido Democrático Reformista Peruano, también llamado Partido Leguista. Este grupo político, organizado en torno a la figura de don Augusto B. Leguía, representaba una tendencia modernizadora de nuestra organización social y económica, orientada a la defensa y desarrollo del gran capital, vinculado a su vez a la exportación y a los centros de poder internacional.

<sup>64</sup> Pipa para fumar, de origen oriental, compuesta de un largo tubo flexible, un recipiente en el que se quema el tabaco, y un vaso de agua perfumada a través del cual se aspira el humo.

Noche, perros huraños y peludos... Sucias ganas de trepar a los árboles, que en broma han florecido una estrella —un lucero reventón, burlón, zumbón—: ficus, Picus, en su otoño de sombra. Miedo del cuco de cara de suegra. Catita, camita fría... Calles a la luz eléctrica, la pesadilla de una carreta, casas chatas con palmeras fabulosas... y un silencio a pedazos que es un pecado mortal.

Pulcra mañana de follajes recién lavados. A veces, una brisa campesina, que, ¡rareza de rarezas!, parece venir de las ventanas, pasa cargando un dulce olor de legumbres. Pero ella es, una brisa que escapa en la primera esquina, y el aire torna a ser vacío y limpio y claro. Una chola bonita, con la cabellera dura, tersa, mojada —talla de barro— camina absorta, mirando cómo saltan sus pechos, cómo tiemblan, cómo saltan... Una cocinera. Las pantorrillas, firmes, feas, pardean las medias blancas de algodón. Ella ha dejado el crío en la cocina. Y es seguro que ahora no piensa en él: ahora sólo piensa en sí misma, en sus pechos que mira temblar, saltar. Aire enrarecido. —En vano pasan los tranvías— no se oye nada.

\*

\* \*

Nosotros leíamos a los españoles, a nadie más que a los españoles. Sólo Raúl hojeaba libros franceses, ingleses, italianos, en traducciones de un tal Pérez, o de un tal González de Mesa, o de un tal Zapata y Zapater. Así, nosotros teníamos, a pesar de Belda y Azorín, una imagen pintoresca de la literatura universal. Así, nosotros supimos la vida —eterna como la de Dios Padre— de ese pobre Stephen Dédalus<sup>65</sup> —«un cuatro-ojos muy interesante y que mojaba la cama»—. Así, supimos la trastada que seis personajes jugaron a un buen director de teatro, de

---

<sup>65</sup> Personaje creado por James Joyce que aparece en sus obras «El Retrato del Artista Adolescente» y «Ulises».

cómo le tentaron a escribir y de cómo acabaron no existiendo.<sup>66</sup> Así, supimos de un mozo que pretendía ser discípulo del Diablo, como si éste quisiera desprestigiarse en la enseñanza.<sup>67</sup> Y nombres raros que eran hombres — Shaw, Pirandello, Joyce — le bailaban a Raúl en la punta de la lengua — títeres embrujados por una bruja analfabeta —. Conocemos a nosotros... Stephen Dédalus no era el de Joyce: Stephen Dédalus era, sin duda, un muchacho ambicioso que soñaba con desposarse con una yanqui rica; un muchacho muy inteligente y muy seguro de su conducta, tanto, que engañó a un convento de jesuitas. En cuanto al hijo de Pirandello, opinó que era inmoral por parte del padre —un cornudo cínico— imponer a un hijo de quien nada malo se decía, una madre putativa. Ramón se mordía el labio. El Discípulo del Diablo era un mozo vicioso y testarudo, seguramente lampiño. Y teníamos un concepto behaviorista de la humanidad.<sup>68</sup> ¿Joyce? Un idiota. ¿Pirandello...? Otro idiota. ¿Shaw...? Un tercer idiota, más idiota aún que los dos anteriores, con su concepto histórico de la literatura, sus chistes fallidos y su manía de llevar la contraria; y sobre todo esto, casto, viejo y vegetariano; y sobre todo, irlandés, es decir, inglés, a pesar del Papa y del «home-rule».<sup>69</sup>

Nosotros, menos Raúl, nos ateníamos a la olla podrida literaria española y americana. Porque, como en la ínsula Barataría,<sup>70</sup> es manjar de canónigos y ricachones.

Allá Wilde para los curiosos que pecan por aburrimiento. Vengan los confidentes asexuales de don Jacinto Benavente, con barba en punta, vientres parabólicos y pantalones de fantasía: sus hadas, que saben las costumbres de la buena sociedad; sus adúlteras por mandato del confesor; sus vidas perfectamente humanas e inútiles; sus morales centrípetas; sus conversaciones cursis, todo lo de Benavente. Y venga,

---

<sup>66</sup> Se refiere a la obra teatral «Seis personajes en busca de un autor» de Luigi Pirandello.

<sup>67</sup> «El Discípulo del Diablo» de George Bernard Shaw.

<sup>68</sup> El behaviorismo es una teoría que reduce el conocimiento del hombre al estudio de su comportamiento, de su manera de conducirse. Así, tener un «concepto behaviorista de la humanidad» consistiría en pretender que se conoce el mundo, las cosas y a las personas por los rasgos externos de su conducta.

<sup>69</sup> La Ley de la Propia Casa; es una referencia histórica a la autonomía de Irlanda.

<sup>70</sup> Dominio de Sancho Panza en la obra de Miguel de Cervantes, «Don Quijote de la Mancha».

también la literatura de Fernán Caballero, literatura credulona y bienaventurada, con licencia eclesiástica. Y la de la Pardo Bazán, que huele a ropero de vieja con vagos efluvios de tomillo, llena de pecados que no llegan a cometerse — ¡piadosa intención la de la escritora! —. Y la acatarrada y bravía de Pereda, con sus muchachas severas, sombrías, ceñudas, que se dan al prójimo por amor de Dios. Y la de Pérez Galdós, práctica y peligrosa, con tísicos y locos y criminales y apestados, pero que el lector ve de lejos sin peligro. Y la de Maeztu, tabla de logaritmos que huele a agua de Colonia y en la que cabe todo como en un saco de mano de Manchester, todo condensado, por supuesto, llena de guarismos, digna, como una solterona inglesa. Y la de Camba, diálogo de ferrocarril con un joven sin familia, sin empleo y sin filosofías. Y la del Padre Coloma, llena de ángeles prudentes y escamados que no dejan la cítara ni un momento, y de cortesanas de buena índole, y de consejos a los aristócratas católicos. Y las digestiones de Baroja, y los maitines de Azorín, y las vísperas de Valle Inclán y las noches de Zamacois. Todo, todo, así, como venga como caiga, pero sin inhumanidades...

\*

\* \*

La tía de Ramón se bañaba largo. Con una mano gruesa, mojaba la gorra de trapo, y con la otra, domaba las olas. A veces, una zapatilla asomaba a trecho de su busto insumergible —era un pie mataperro—. Era una vieja que temía las piedras, gorda, humedona, buena veraneante; venía con el primer calor y se iba con el último. Alquilaba un ranchito temblón con una ventana grande y un transparente inmenso.<sup>71</sup> Un gato que parecía una negrita, y una negrita que parecía un juguete... La Parroquia detrás y un fonógrafo de lata y palo. El patiecito era un cesto de papeles

---

<sup>71</sup> Tela o papel que colocado a modo de cortina delante de las ventanas, sirve para atenuar la luz.

amarillos: la tía de Ramón no leía nunca los diarios. Ella escuchaba la retreta<sup>72</sup> desde un comedor, en una bata de motas. Una vieja.

Gorda. Volverá en diciembre. Ramón en cambio, no volverá nunca.

\*

\* \*

Ahora sí que se acabó de veras el verano. El verano y el pretexto del verano, las muchachas de piernas alegres, los frailes ojerosos, los vocales de las Cortes de Justicia, el calor, las vacaciones... El pretexto... Los pretextos... Ahora se nos mete el invierno —un invierno, extracalendarial, ortodoxamente bergsoniano:<sup>73</sup> películas en veinte capítulos—. Lima, la sucia Lima, caballista, comercial, deportiva, nacionalista: tan seria... Ahora sí que se acabó el verano de veras. Hemos venido, Lucho y yo, al malecón intermedio, al cual hemos bautizado con el nombre de bulevar Proust. Sí, bulevar Proust —malecón, antiguo, valioso, notable, que no es un bulevar por los dos lados, sino por uno solamente— al otro, sicológica inmensidad del mar, la acera de la calle en que está la casa de la familia Swann, la puerta sentida en cada una de sus moléculas, el cálculo infinitesimal de sus probabilidades de emoción, etcétera. ¿Arboles...? —los faroles— troncos de arbustos que la luz tuerce y la sombra hace verdes. A las seis de la mañana, a las seis de la tarde, son los faroles lo más vegetal del mundo, de una manera analítica, sintética, científica, pasiva, determinante, botánica, simplísima —los troncos sostienen al extremo superior campanas de cristal que encierran flores amarillas—. En el gran invernadero del alba, en la doméstica estufa del crepúsculo —rayos oscuros, hipervegetabilidad, observación, resumen, esqueleto, verdad, exacta temperatura—. Pero ahora no es el mar un lado de calle de novela francesa —el mar ahora es el mar con olas y con su poco de ensoñación para tía soltera—. Y además, con sus

---

<sup>72</sup> Música popular que interpretan las bandas militares en lugares públicos.

<sup>73</sup> Plenamente liberado de las nociones científicas del tiempo y del espacio.

colores — un ocaso discretísimo, la antítesis de una madrugada que llega en puntillas, casi una mañana mamacita, pero sin beso ni persignación — . Domingo y primera misa. El órgano se propaga en la neblina como un chocar de piedras en el agua. Hoy habrá plenilunio, luna llena, cielo inconstelado con su boquete de luz en medio — ombligo intacto y glorioso—. No dejaremos de venir aquí esta noche. En la taza de café del firmamento, flotará indisoluble, ingrávigo, el terrón de azúcar de la luna. Y todo ello será poesía, amigo mío. Nosotros, previviremos una supervida, quizá verdaderamente futura donde todos los hombres serán hermanos y abstemios, vegetarianos, y teósofos,<sup>74</sup> y deportistas. Y la luna de azúcar se nos hará una dulzura horrible en la boca. Y una nube del color del café con leche ¿qué será? Es posible que no sea nada. O quizá sea ella un verso de Neruda. O quizás una costa de signo, patria de Amara,<sup>75</sup> sueño de Eguren. O si prefieres, simplemente una nube del color de café con leche —para algo tenemos dieciséis años y el bozo crecido—. Mañana, match de foot-ball en la grama difícil de no sé cuál terreno de las afueras de Lima. Campeón de tendonasas y peludas piernas mosaicas, rostro de áptero<sup>76</sup> angelón bizantino en la nube de polvo, emigrante romano, taquígrafo-mecanógrafo de la firma Dess, agencia de bolsa... y todo el match será el designio estúpido y perfecto del avance que parare en el de una dura bola negra cogida del suelo por un elástico invisible. Verano, patético, nimio, inverosímil, cinematográfico, de noticiario Pathé.<sup>77</sup> Un Rolls huyó bufando por la carretera asfaltada como un toro suizo y famoso, recién Castrado, y en ese Rolls se fue el verano al Polo, llevándose la superada esperanza de aquel octubre argentino lleno de gaviotas —el último octubre que hemos vivido—. Ser felices un día... Ya lo hemos sido tres meses cabales. Y ahora ¿qué hacemos? ¿Morir?... Ahora te pones sentimental. Es cordura ponerse lírico si la vida se pone fea. Pero todavía es la tarde —una tarde matutina, ingenua, de manos frías, con trenzas de poniente, serena y continente como una esposa, pero de una esposa que tuviera los ojos de novia todavía, pero...—. Cuenta, Lucho, cuentos de Quevedo, cópulas

---

<sup>74</sup> El que profesa la teosofía o doctrina que aspira a comprender la divinidad directamente, prescindiendo de la razón o la fe.

<sup>75</sup> Personaje de José María Eguren en su poema "Véspera".

<sup>76</sup> Sin alas.

<sup>77</sup> Noticiero cinematográfico francés.

brutas, maridos súbitos, monjas sorprendidas, inglesas castas... Di lo que se te ocurra, juguemos al sicoanálisis,<sup>78</sup> persigamos viejas, hagamos chistes... Todo, menos morir.

\*

\* \*

### poemas underwood

«Prosa dura y magnífica de las calles de la ciudad sin inquietudes estéticas.

Por ellas se va con la policía a la felicidad.

La poesía gafa de las ventanas es un secreto de costureras.

No hay más alegría que la de ser un hombre bien vestido.

Tu corazón es una bocina prohibida por las ordenanzas de tráfico.

Las casas rumian sus paces de buey.

Si dejaras saber que eres un poeta, irías a la comisaría.

Límpiate de entusiasmos los ojos.

Los automóviles te soban las caderas, volviendo la cabeza. Cree tú que son mujeres viciosas. Así tendrás tu aventura y tu sonrisa para después de la cena.

Los hombres que tropiezas tienen la carne encallecida de oficina.

---

<sup>78</sup> Teoría y método terapéutico que trata los contenidos subconcientes de la vida psíquica.

El amor está en cualquier parte, pero en ninguna está de otro modo.

Pasan obreros con los ojos resentidos con la tarde, Con la ciudad y con los hombres.

¿Por qué había de fusilarte la Checa?<sup>79</sup> Tú no has acaparado sino tu alma.

La ciudad lame la noche como una gata famélica.

Y tú eres un hombre feliz, quizás el único hombre feliz. Tienes camisa y no tienes grandes pensamientos de ninguna clase.

Ahora siento cólera contra los acusadores y los consoladores.

Spengler es un tío asmático, y Pirandello es un viejo estúpido, casi un personaje suyo.

Pero no he de enfurecerme por pequeñeces.

Mil cosas han hecho los hombres peores que sus culturas: las novelas de Víctor Hugo, la democracia, la instrucción primaria, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera.

Pero los hombres se empeñan en amarse los unos a los otros.

Y, como no lo consiguen, acaban por odiarse.

Porque no quieren creer que todo es irremediable.

La polis griega sospecho que fue un lupanar al que había que ir con revólver.

Y los griegos, a pesar de su cultura, fueron hombres felices.

Yo no he pecado mucho, pero ya sé de estas cosas.

Bertoldo diría estas cosas mejor, pero Bertoldo no las diría nunca. El no se mete en honduras —y está viejo, quiere paz y hasta apoya a los moderados.

---

<sup>79</sup> Policía política rusa.

El mundo no está precisamente loco, pero sí demasiado decente. No hay manera de hacerle hablar cuando está borracho. Cuando no lo está, abomina de la borrachera o ama a su prójimo.

Pero yo no sé sinceramente qué es el mundo ni qué son los hombres.

Sólo sé que debo ser justo y honrado y amar a mi prójimo.

Y amo a los mil hombres que hay en mí, que nacen y mueren a cada instante y no viven nada.

He aquí mis prójimos.

La justicia es unas estatuas feas en las plazas de las ciudades.

Ninguna de ellas me gusta ni poco ni mucho — no son diosas ni mujeres.

Yo amo la justicia de las mujeres sin túnica y sin divinidad.

En punto a honradez, no soy de los peores.

Como mi pan a solas, sin dar envidia a mi prójimo.

Nací en una ciudad, y no sé ver el campo.

Me he ahorrado el pecado de desear que fuera mío.

En cambio, deseo el cielo.

Casi soy un hombre virtuoso, casi un místico.

Me gustan los colores del cielo porque es seguro que no son tintes alemanes.

Me gusta andar por las calles algo perro, algo máquina, casi nada hombre.

No estoy muy convencido de mi humanidad; no quiero ser como los otros.

No quiero ser feliz con permiso de la policía.

Ahora en las calles hay un poco de sol.

No sé quién se lo ha llevado, qué mal hombre, dejando manchas en el suelo con un animal degollado.

Pasa un perrito cojo —he aquí la única compasión, la única caridad, el único amor de que soy capaz.

Los perros no tienen Lenin, y esto les garantiza una vida humana pero verdadera.

Andar por las calles como los hombres de Pío Baroja (todos un poco perros).

Mascar huesos como los poetas de Murger, pero con serenidad.

Pero los hombres tienen posvida.

Por eso dedican su vida al amor del prójimo.

El dinero lo hacen para matar el tiempo inútil, el tiempo vacío...

Diógenes es un mito —la humanización del perro.

El anhelo que tienen los grandes hombres de ser completamente perros. Los pequeños hombres quieren ser completamente grandes hombres, millonarios, a veces dioses.

Pero estas cosas deben decirse en voz baja —siento miedo de oírme a mí mismo.

Yo no soy un gran hombre —yo soy un hombre cualquiera que ensaya las grandes felicidades.

Pero la felicidad no basta a ser feliz.

El mundo está demasiado feo, y no hay manera de embellecerlo.

Sólo puedo imaginarlo como una ciudad de burdeles y fábricas bajo un aletazo de banderas rojas.

Yo me siento las manos delicadas.<sup>80</sup>

¿Qué soy, qué quiero? Soy un hombre y no quiero nada.

O, tal vez, ser un hombre como los toros o como los otros.

Tú no tienes las orejas demasiado grandes.

Yo quiero ser feliz de una manera pequeña. Con dulzura, con esperanza, con insatisfacción, con limitación, con tiempo, con perfección.

Ahora puedo embarcarme en un trasatlántico. E ir pescando durante la travesía aventuras como peces.

Pero ¿a dónde iría yo?

El mundo me es insuficiente.

Es demasiado grande, y no puedo desmenuzarlo en pequeñas satisfacciones como yo quiero.

La muerte es sólo un pensamiento, nada más, nada más...

Y yo quiero que sea un largo deleite con su fin, con su calidad.

El puerto, lleno de niebla, está demasiado romántico.

Citeres es un balneario norteamericano.

Las yanquis tienen la carne demasiado fresca, casi fría, casi muerta.

El panorama cambia como una película desde todas las esquinas.

El beso final ya suena en la sombra de la sala llena de candelas de cigarrillos. Pero ésta no es la escena final. Pero ello es por lo que el beso suena.

---

<sup>80</sup> La 1ª ed. 1928 decía: Yo me siento las manos borbónicas.

Nada me basta, ni siquiera la muerte; quiero medida, perfección, satisfacción, deleite.

¿Cómo he venido a parar en este cinema perdido y humoso?

La tarde ya se habrá acabado en la ciudad. Y yo todavía me siento la tarde.

Ahora recuerdo perfectamente mis años inocentes. Y todos los malos pensamientos se me borran del alma. Me siento un hombre que no ha pecado nunca.

Estoy sin pasado, con un futuro, excesivo.

A casa..."

\*

\* \*

Murió Ramón cuando ya no le quedaba sino el rastrero y agobiado placer de mirar por debajo de los asientos en los lugares públicos — cine, tranvía, etcétera —. Un día, hondo y vacío, donde rueda uno de hora en hora inconsciente, comatoso como en un barranco de piedra en piedra, de roca en roca. La copa sucia del cielo se llenaba lentamente de azúcar, agua helada y zumo de limón —una nube sedienta chasqueaba la lengua—; Ramón murió. Mirar por debajo de los asientos... Ramón se volvió un fumador viciosísimo. Apagar el cigarrillo, aflojar la ceniza, burlar al viento, extender el brazo, todo ello le facilitaba celestinescamente el gozo de sorprender a los zapatos, casi en paños menores, o de sobremesa, o matando un domingo. Domingo de los zapatos, penumbra debajo de los sillones, con un sábado a las espaldas, medialuz debajo de una mesa... Sobremesa de los zapatos; siestecilla: las

cañas<sup>81</sup> se aflojan los pasadores: una capellada<sup>82</sup> bosteza, el mediodía arruga el cuero, cansado de caminar toda la mañana: el zapato derecho se echa de lado y ronca. Zapatos en paños menores: las orejuelas, de tela amarilla, se ven fuera, íntimas, como una camisa... Zapatos, viejos silenciosos, en parejas, como esposos desencantados, juntos por los tacos, separados por las puntas. Lo pasado, la vida marital los une para siempre y los aleja en esta hora en que quisieran tener veinte años él y ella, el zapato derecho y el izquierdo, el macho y la hembra, el esposo y la esposa — tener veinte años y casarse mal o amancebarse bien... — Las botinas y los zapatines de los niños se juntan por arriba, por las puntas, por el rostro, casi en besos, detrás de un pliegue del delantal de la nodriza. Zapatos adolescentes, elegantes, lacios, locos, siempre descaminados, nunca decentemente paralelos... zapatos en la mala edad, en la edad peligrosa, los pulmones débiles y las inclinaciones robustas... Zapatos viejos, un alma sola en dos cueros y este no amarse... Ramón dejó los versos que van arriba, escritos a máquina, por el índice, de un libro suyo que heredé con las páginas todavía sin cortar.

Zapatos viejos, un alma — una sucia capa, de cola entre la plantilla y la suela — un alma en dos cuerpos — dos hinchados y reumáticos cuerpos de cuero rugoso —, una sola alma en dos cuerpos... El y ella no quieren verse la cara.

\*

\* \*

Días terribles en que todas las mujeres son una única mujer en camisa. Días terribles de las entrelíneas de Zamacois, terriblemente serias... No, nada de Paul de Kock, míster Kakison. ¡Quince años y pantalones largos...! No, la vida es una cosa muy seria — nada menos que una mujer en camisa. ¿Usted no me entiende, míster Kakison?

---

<sup>81</sup> Parte alta de las botas.

<sup>82</sup> Puntera de los zapatos.

Es posible que usted no me entienda nunca. ¡Admirable!... ¿Conque en Londres se vive la vida? Eso no viene a cuento, míster Kakison. Marina cierra la ventana en camisa todas las noches, pero ello no es pecado, por cierto. ¿Por qué no había ella de hacerlo? Marina, piernas peludas, bañista de las ocho de la mañana... Bañarse a las ocho de la mañana en el mar es bañarse en el frío, en el cielo, en la hora. Ducha de niebla, masaje de calofrío, esponjas de indecisión, y la chalana cercana —pajarazo marino con las alas de redes plegadas, negras, fatigadas vuelan atrás—. Hm... Míster Kakison, usted ha de lavar con bencina las manchas de noche que hay en su bata de color de canela. La noche en la bata de un inglés contador de la firma Dasy & Bully... ¿Qué dice usted a esto, míster Kakison? ¿All right...? Eso no es una respuesta en esta hora y en este país. Diga usted que yo tengo razón, y usted dirá muy bien. Sí, míster Kakison; dirá usted algo de una cordura que no advertirá nunca.

\*

\* \*

Paseo de noche. Hemos hallado una calle escondida del cielo por ramajes graves y densos. Ahora el cielo no existe: se ha arrollado como una alfombra, y ha quedado desnudo el entarimado del espacio por donde los mundos caminan —saciedad elegante— con lentitud, con silencio, con fastidio. Ahora te amo como nunca te he amado, verdaderamente, dolorosamente, no sé cómo... A andar por esta calle que nos devuelve los pasos y las voces como una gruta... Un tranvía destroza una esquina, barreno de luz y ruido. Por un momento, nosotros sonamos, vibramos en esta zona de noche como todas las cosas —ventanas, ventanas, ventanas... Ahora yo puedo ser un héroe con el pecho convexo y ensangrentado. Si ahora te raptara yo, tú me arrancarías mechones de cabellos y clamarías a las cosas indiferentes. Tú no harás. Yo no te raptaré por nada del mundo. Te necesito para ir a tu lado deseando raptarte. ¡Ay del que realiza su deseo! El mar canta lejano como un coro que se acerca en la ópera. De pronto susurra en mis orejas

como un vaso de soda que pierde su gas. Un piano es toda la noche — pena antigua, cursi, a cuatro manos... Ahora te digo mi sentimiento:

—Yo te amo porque tú no me amas. Tu pequeñez me orienta la esperanza en la búsqueda de la dicha. Si tú crecieras como los árboles, yo no sabría qué desear. Tú eres la medida de mi gozo, tú eres la medida de mi deseo. Detrás de todas las muertes, está el júbilo de reencontrarte en los paraísos terrenales.

Amor, cosa pequeña que no crece nunca... Si un lucero cayera, tú lo recogerías: y te quemarías las manos. Mi amor no ha caído del cielo, y por eso no lo recoges. Eres tonta y linda como todas las mujeres. Tú ríes, y tu risa me reconcilia con la noche.

—¿Por qué no me amas? Sencillamente me abandonas al viento que pasa, y la hoja que cae y el farol que alumbra, como si al perderme nada perdieras. Y mi amor en esta hora es lo único que te es atento. Ahora nada inquietas sino mi amor que te sigue como tu sombra, queriendo verte los ojos. Ámame, aunque mañana, al despertar, ya no me recuerdes. Amame, la hora te lo exige. ¡Ay de quien no obedece al tiempo!

Más allá de la noche, la aurora de la mañana con sus olores y sus colores. Más allá de la noche, el canto de los pájaros madura en lo futuro como las frutas en los árboles. Más allá de la noche, tus pensamientos escogen realidades para encarnarse. Y mi amor te sigue por la noche sin cielo de esta calle, como la memoria de un perro tuyo que hubiera muerto.

\*

\* \*

Al acabar la calle, urbanísima, principia bruscamente el campo. De los ranchos con sus patiecitos y sus palmeras y sus matas de campanillas se caen las matas de retamas, en los montículos de tierra fofa, en las tapias

de adobe, en los azules monótonos del cielo... Piaras<sup>83</sup> de adobe en los azules monótonos del cielo... Piaras de asnos en una parda nube de polvo, cargan adobes todo el día de Dios. Aquí, en este suelo fofo y duro, a manchas, yacen las casas futuras de la ciudad, con sus azoteas entortadas,<sup>84</sup> con sus ventanas primorosas de yeso, con sus salas con victrola y sus secretos de amor, quizás hasta con sus habitantes — mamás prudentes y niñas modernas, jóvenes calaveras y papás industriales—. En un terrón se adivina el rostro de una tía lejana —el rostro de una de esas tías terceras que vienen un día de visita a tornar el aire, a beber un vaso de agua helada—. Un jacarandá muy viejo, que es un inspector municipal de ornato, jubilado, mata el tiempo, tan largo, de esta prima tarde, haciendo unas pocas flores, de una prolija perfección, que, ya acabadas, echa de sí, con aburrimiento impasible de mandarín en su palacio de este súbito suburbio. Y en el horizonte, un olor ciego de humo barre la perspectiva de álamos y mamblas —de un pálido color de granito, casi azules—. Una paloma pasa baja llevando en el pico una campanada de la Parroquia, y la campanada es una paja para el nido. Una cholita tira del ronzal<sup>85</sup> de una mula inmensa; y la cholita no tiene todavía quince años; y la mula se enterca en no moverse; y la cholita tensa más y más el arco de su cuerpo fragilísimo; y la mula se afirma en las patas delanteras; y yo quiero raptar a la cholita y fugarme con ella en la mula, a la sierra, tan próxima, que sus cimbros me arañan la piel de la nariz, haciéndome bizquear cuando la miro fijamente. Yo descendería, con la cholita en mis brazos y la mula entre mis piernas, en una sima sombría llena de cactus, con una sonámbula seguridad en la pesadilla feliz... Y la mula ha hecho escapar el ronzal de las manos de la cholita, y ahora corre, bruta, gacha, curva, en un rápido y sordo pateo, por el camino, pegada a la tapia, sin saber a dónde ir... y el ronzal que se arrastra medio hundiéndose en el polvo es la pulcra y perversa ironía de un rabo de rata...

---

<sup>83</sup> Manada de cerdos y por extensión, de otros animales.

<sup>84</sup> Los techos planos de las antiguas casas limeñas estaban cubiertos con una torta de barro y paja.

<sup>85</sup> Cuerda que se ata al cuello o a la cabeza de los animales para sujetarlos o conducirlos.

\*

\* \*

He recibido una carta de Catita. Nada me dice en ella sino que quiere verme con la cara triste. Es una carta larga, temblona, en la que una muchacha núbil tira de las orejas al amor con los dedos tan seguros, tan lentos, tan cirujanos que para la tortura tienen las mujeres desde los quince años hasta el primer parto... Mujeres hay que no llegan a concebir nunca, y éstas son el terror de la muerte, quien para llevarlas al otro mundo, tiene que luchar con ellas a brazo partido, sin esperanza de no salir con los huesos del esqueleto horriblemente arañados: las solteras mueren heroicamente.

La carta de Catita huele a soltería —a incienso, a flores secas, a jabón, a yeso, a botica, a leche—. Soltería emblemática con gafas de concha y un dedo índice tieso. Un moño de tinta azul culmina el aspecto —siempre inevitablemente parcial—. Un falderillo lame el perfume austero que exhalan las blandas de la blusa. Y una blusa de telaspóetica —batita de madapolán<sup>86</sup>—. Y, además, como detalle indispensable, una cara larga cuyas facciones, duras y débiles a la vez, ásperas, inútiles, hacen la cara de pliegues de linón.<sup>87</sup> Quizás una lora que sabe la letanía lauretana...<sup>88</sup> Quizás el retrato de un novio inverosímil. Quizás una obesa manía de saberlo todo... Quizás una virtud coronada de espinas... Pero, Catita no ha llegado todavía a los quince años, la verdad, sus dedos no tienen por qué saber tirar de las orejas. ¿Quién sabe si ya algún muchacho piensa casarse con ella —locura de amor—? Catita, catadora de mozos, mala mujer que a los quince años mal cumplidos, ya tienes las manos solteronas... Solterona británica, experta en motores de explosión, sección de propaganda, un hombre raro y corto, unas manos secas y venudas... ¿Así quieres ser, Catita? ¿Qué he de hacer con tu carta? A esta

---

<sup>86</sup> Tela de algodón, blanco y de muy buena calidad.

<sup>87</sup> Tela de algodón rala y dura por muy engomada.

<sup>88</sup> Rogativa en la que se enumeran elogios y atributos de la Virgen María, y que se suele rezar después del rosario.

hora me es imposible de toda imposibilidad, entristecerme. Yo soy feliz a esta hora —es un hábito mío—. Un bote pescador a la altura de Miraflores, saluda con el pañuelo blanco de su vela, tan inútil en esta atmósfera inmóvil, linda, como pintada por un mal pintor. Ese saludo es un saludo a nadie, y esa alegría, alegría de disparate, de pequeñez, de retorno, de humildad... Mi cigarrillo tira admirablemente, y es júbilo de juego párvulo, con Pelotas y aros minúsculos y azules; y es la paz campesina de un olor de rastrojo<sup>89</sup> quemado. ¿Ves Catita? Tú no ves nada porque no estás conmigo en el malecón; pero yo te juro que es así. A mí, en la tarde, frente al mar, el alma se me pone buena, chica, tonta, humana, y se me alegra con los botes pescadores que despliegan la broma de sus velas, y con la candela del cigarrillo —chiquillín colorado que pierde la cabeza en una juguetería azul. Y las altas gaviotas —moscas negras en el tazón de leche aguada del cielo— me dan ganas de espantarlas con las manos. Cuando yo tenía cinco años y no quería beber mi leche, ahogaba en ella las moscas que atrapaba con la cuchara, que era red apretada por la luz hasta endurecerse, y las moscas en la leche se volvían hélices. Y ahora, súbitamente, me siento un niño terrible, y me niego a beber la taza de leche del cielo porque no tiene azúcar, y es posible que venga mi mamá Patuca, dulce Buda de ébano, con el azucarero donde había pintados un mono vestido de pirata y una mona vestida de holandesa, que hacían una conexa reverencia sobre la lista azul que atravesaba la panza en toda su redondez... Quizá tu estrella se dulcificaría si yo endulzara el cielo con azúcar —tu estrella, tan amarga; tu estrella, solterona que se enamora de los cometas imposibles; tu estrella, que te lleva por malos caminos de amor—. ¿Has oído, Catita? Yo no puedo entristecerme a esta hora —a esta hora, la única de todas las del día en que soy feliz, inconsciente, como los niños; mi hora de tontería; mi hora, Catita—. Tú cataste a Ramón, y él no te supo mal. Pues bien, yo seré Ramón. Yo hago mío el deber de él de besarte en las muñecas y el de mirarte con los ojos estúpidos, dignos de todas las dichas que tenía Ramón. Tonto y alado deber aceptado en una hora insular<sup>90</sup> celeste, ventosa, abierta, desolada. Yo seré Ramón un mes, dos meses, todo el tiempo que tú puedas amar a Ramón, Pero no: Ramón ha

---

<sup>89</sup> Residuo de las cañas o paja de la mies que queda en la tierra después de segar.

<sup>90</sup> De isla. Sola, única, singular.

muerto, y Ramón nunca tuvo la cara triste, y sobre todo, tú ya has catado a Ramón. Sí, Catita, es verdad, pero yo no soy un hombre triste. Así como estoy a esta hora —tonto y alegre— así estoy casi todo el día. Yo soy un muchacho risueño. Nací con la boca alegre. Mi vida es una boca que habla, que come y que sonrío. Yo no creo en la astrología. Acepto que haya estrellas tristes y estrellas alegres. Hasta afirmo que las estrellas tristes son un excelente motivo de soneto catorcesílabo. Pero no creo que nuestra vida tenga relación alguna con las estrellas. ¡Ah, Catita. La vida no es un río que corre: la vida es una charca que se corrompe. En el día, los mismos árboles, el mismo cielo, el mismo día se refleja en ella. En la noche —siempre las mismas estrellas, la misma luna, la misma noche—, A veces un rostro desconocido—un muchacho; un poeta; una mujer— se refleja— tanto más sombría cuanto más viejo es el charco— y el rostro después desaparece, porque no eternamente va a estar un rostro contemplándose en un charco. Y el rostro se contempla a sí mismo. Y el charco apenas es un espejo turbio y mediano. Un viejo es un charco al que ninguna muchacha va a mirarse la cara. Porque la vida de uno es un charco, pero la vida de los otros son caras que vienen a mirarse en él. Sí, Catita. Pero algunas vidas no son un charco, sino un lago, un mar, un océano donde sólo se miran el cielo y las montañas, las nubes, grandes barcos. Así, la vida de Walt Whitman —un yanqui medio loco que, por eso, fue un excelente poeta— fue un océano lleno de trasatlánticos. La de Napoleón, en cambio, fue un océano lleno de navíos de guerra y de cetáceos. La de San Francisco, un pilón en que se abrevaba un borriquito con una paloma en el testuz. La de Felipe Segundo, un Mar Muerto con un aspecto muy triste y una leyenda siniestra. La de Puccini, un lago alpino, blanco de canoas de la agencia Cook.<sup>91</sup> La de Bolívar, un canal peligroso de escollos y miedoso de barricas flotantes. Tu vida, una jofaina<sup>92</sup> en que se remoja una brazada de retamas, de olor y color de azufre. Así es el alma, Catita —o agua enemiga o un agua estúpida— lago, mar, pantano, jofaina llena de agua. Pero nunca una corriente con su dirección y su cauce. Mi vida es un hoyito cavado en la arena de una playa por las manos de un niño novillero: un charquito minúsculo y maligno que deforma de arriba

---

<sup>91</sup> Se trata de la agencia de viajes Wagons Lils Cook.

<sup>92</sup> Vasija ancha y poco profunda que sirve para lavarse la cara y las manos.

abajo la imagen de los señores que riñen a los niños novilleros, la imagen de los señores respetables que vienen a la playa e infestan los aires del mar —tan limpios, tan brillantes— con sus horribles olores de oficina. Así es mi vida Catita, un charquito en una playa, ya ves tú que no puedo entristecerme. Me deshace la pleamar, pero otro niño novillero me cava: otra vez en otro punto de la playa, y yo no existo por algunos días, y en ellos aprendo siempre de nuevo la alegría de no existir y la de resucitar. Y yo soy el niño novillero que cava su vida en las arenas de una playa. Y yo sé la locura de oponer la vida al destino, porque el destino no es sino el deseo que sentimos alternativamente de morir y de resucitar. El horror de la muerte para mí no es sino la certeza de no poder resucitar nunca, ese eterno aburrirme de estar muerto. ¡Ah Catita, no leas libros tristes, y los alegres tampoco los leas! No hay más alegría que la de ser un hoyito lleno de agua del mar en una playa, un hoyito que deshace la pleamar, un hoyito lleno de agua del mar en que flota un barquito de papel. Vivir no es sino ser un niño novillero que hace y deshace su vida en las arenas de una playa, y no hay más dolor que ser un hoyito lleno de agua de mar en una playa que se aburre de serlo, o de ser uno que se deshace demasiado pronto. Catita, no leas el destino en las estrellas. Ellas saben de él tan poco como tú. A veces coincide el charquito de mi vida con la plomada de alguna de ellas, y a más de una la he tenido sincera y plena en mi gota de agua. Catita, las estrellas no saben nada de lo que atañe a las muchachas. Ellas mismas no son quizá sino muchachas con enamorado, con mamá y con dirección espiritual. Lo que tú descifras en ellas no son sino tus propias inquietudes, tus alegrías, tus tristezas. Las estrellas tienen, además, una belleza demasiado provinciana, yo no sé... demasiado ingenua, demasiado verdadera... Las pobres imitan la manera de mirar de vosotras. Tu estrella no es, sin duda, sino una estrella que mira como tú miras, y su parpadeo no es sino fatiga de mirar de una manera que nada tiene que ver con sus sentimientos. Catita... Catita ¿por qué ha de estar tu destino en el cielo? El destino está aquí en la Tierra, y yo lo tengo en mis manos, y yo siento un terrible deseo de arrojarlo al mar, por sobre la baranda. Pero no. ¿Qué serías tú sin tu destino? Tu destino acaso es ser un charquito en una playa del mar, un charquito lleno de agua de mar, pero sí un charquito en que hay, no un barquito de papel, sino un pececito que arrojó en él una ola gorda y bruta.

\*

\* \*

Sergio... Tenía un nombre que no le convenía... un nombre sereno y casto, con algo de estepa, fatalidad y popería.<sup>93</sup> Era un muchacho de ojos porcinos que a veces, en las malicias, tenía miradas de simio, pequeñas, agudas y negras. Todo él estaba en su piel, de una, frialdad y un matiz y una tersura y una luz de ámbar. El también estaba en su cabeza que era una moña de crespos y duros cabellos castaños en la frente calva. Yo no puedo recordarle sino como uno que pasa<sup>94</sup> rapidísimamente por una calle populosa, gacho, alambrado, ocultando la cara en la prisa. El también era en el sonido de sus tacos al caminar, sonar incoloro, seco, de madera golpeada. Sergio era en toda su figura. Era imposible saber más de él: Sergio mentía como nadie, con el alma toda, más allá de la verdad y la verosimilitud, más allá... y así, siempre. Un día, Sergio se metió a fraile. Y nada más se ha sabido de él. Eugenio D'Ors, distinguido filósofo dominico, puede escribir su vida, la de Sergio o la suya propia, con santa esperanza de averiguar con certeza por qué se metió a fraile un muchacho que tenía los ojos de puerco y que mentía como ninguno. Y hasta podría D'Ors relatarnos de antemano su muerte —la de Sergio— bajo un crucifijo grande y cruel como la misma muerte, cogido él de una palabra tan simple de soledad y con toda la mañana en el judas de la celda. Y podría añadir gordas sutilezas a la sencillez de la muerte de un fraile de barbas viejas que alguna vez fue joven y sexualísimo. ¡Oh qué libro maravilloso podría hacer Eugenio D'Ors con la vida y la muerte de Sergio! ¡Cómo conviene a una vida inmotivada y estúpida, la filosofía rosa, tan ingenuaza, tan catalana, del Glosador! Me parece estar leyéndole: y así... Pero examinemos, Glosador, y que el amor no nos arrastre... Medir... Comparar... Pero, no sé por qué, yo creo de vez en

---

<sup>93</sup> De Pope: sacerdote del rito griego en los pueblos eslavos.

<sup>94</sup> En las ediciones de 1928 y 1982 se lee «Yo no puedo recordarle sino como un hombre que pasa».

cuando que Sergio no murió nunca; que, a la hora de morir, él hará el muerto; que se dejará enterrar y que, a los dos días, se desenterrará él mismo y volverá a Lima a mentir del convento y a principiar vida nueva. Ojalá sea así... Pero el libro de Eugenio D'Ors ya no podría escribirse, y yo no podría llegar a saber nunca cómo era Sergio.

\*

\* \*

Él cogía una de sus manos de ella. Ella encajaba una pierna gorda, cualquiera, casi ajena, bajo la derecha de él, contraída como en un puntapié. El rostro de él se encendía de rojo como un farol de tráfico o botica de turno en la noche. De pronto, giraba éste y aparecía un rostro idéntico al anterior pero amarillo. Era la señal de detención. Ella permanecía impasible como una ramera. Sonreía cándidamente, hundía más la pierna y se mordía el labio inferior sin pestañear. Ramón enflaquecía. Ella engordaba. Ramón era una bestia que empezaba a hacer ideas. Ella era una mujer que principiaba a bestializarse. Súbitamente el sol se encendía de una terrible, carmínea luz de alarma. Pasaba atronando el ferrocarril de la noche. Ramón y ella subían al último vagón. A un triste y oscuro vagón de carga.

\*

\* \*

Ella era una brava catadora de mozos. Todos nosotros hubimos de rodar la cabeza por sobre su pechito duro y redondo. Así, de este amor inevitable, hacíamos una era —«Cuando yo enamoraba a Catita...»—. Pero era Catita quien nos enamoraba a nosotros. Al mirar, guiñaba ella los ojos

sin advertir. Sus ojos, redondos como toda ella... y el nombre no lo decía bien. Esa 'T' antepenúltima la alargaba, la ensombrecía, la alejaba, a ella, próxima, redonda, alegre. Y, sobre todo, enamoradiza. Catalina es un nombre gótico; hace pensar en ojivas<sup>95</sup> lívidas de crepúsculos, en fuentes de bronce musgoso, en hélicos burgos renanos,<sup>96</sup> en moñosos cinturones de castidad... Y Catita era una ventana rubia de mediodía; una pila de cemento blanco, moderna, pulcrísima; un sombrillón de trapo para la playa; un lazo loco de colegiala... Lalá, he aquí su nombre de ella. Pero Lalá era una chica desvelada y rápida. Lalá, Lalá, Lalá... Corazón blando y ojos de muñeca, y cara de risa. Ramón se arrojó en Catita como un nadador en el mar —de abajo arriba, primero las manos; después, la cabeza; por fin, los pies, flexionados, destalonados. En el palo del mes de enero, ensebado todavía con sucias nubes frías, quedó Ramón en cielo, en aire, en medio, en equilibrio, en ropa de baño, a la punta, con cien muchachos trémulos detrás que le apuraban, sobre Catita, mar. Ramón cayó mal, de barriga, de bruces, asperjándonos a todos nosotros, desprevenidos, observadores. Catita, mar para bañarse a las doce del día con el sol tontonazo en la cabeza, mariposa diseca, serojo de ictericia<sup>97</sup> o amarillo gorro de jebe. Catita, mar con olas porque no haya viejas, porque haya muchachos... Catita, do en un muelle semicircular, embanderado de ciudades... Catita, límite sutil entre la mar alta y la mar baja... Catita, mar sumiso a la luna y a los bañistas... Catita, mar con luces, con caracoles, con botecitos panzudos, mar, mar, mar... O amor también en que no había viejas, ni sombrerazos de paja, ni consejos, ni persignaciones... Catita, amor, con esperanzas lentas y gordas, amor que con la luna baja y sube, amor redondo, amor próximo, amor para sumergirse en él, para bucear en él con los ojos abiertos, amor, amor, amor... Catita, mar de amor, amor de mar. Catita, cualquier cosa y ninguna cosa... Catita, todas las vocales apareciendo ella, cabal, íntegra, en cuerpo y alma en la a y desapareciendo poco a poco, rasgo a rasgo, en las otras; en la e, tierna y boba; en la i, flaca y fea; en la o, casi ella, pero no... Catita es honesta y bonita; en la u, cretina, albina... Catita, algunas consonantes, tan parecida a la b en las manos, a la n en los ojos, a la r en el andar, a la ñ en el carácter, a la k en el ingenio, a la s en la

---

<sup>95</sup> Gótico. Ojivas: Voces relativas al arte medieval (Arquitectura).

<sup>96</sup> Pequeños poblados de la antigua Renania.

<sup>97</sup> Hojarasca amarillenta. Variante.— 1928. Diría: Serojo ictérico.

malamemolia, a la z en la buena fe...<sup>98</sup> Catita, campo redondo en el mar, beso redondo en el amor... Catita, sonido, signo... Catita, una cosa cualquiera y la contraria precisamente... Catita, al fin y al cabo, una linda muchacha, verdadera, viva, coqueta como ella sola... Cogerla era tan imposible como comprimir con la yema del índice el chorro de agua en la boca de un caño grande; carne dura al tacto Por la presión, carne que se escapaba por los resquicios de la uña, por las rayas de la piel; que nos saltaba a la cara; que, si se depositaba en un recipiente, quieta, era sino luz densa, agua que se podía beber y en la que se podían echar barquitos de papel.

Agua, agua, agua... Y, al fin y al cabo, una linda muchacha enamoradiza, catadora de mozos, Catita...

\*

\* \*

En la azotea, el aire único y múltiple, todo él en sí mismo resolviéndose en corrientes invisiblemente como la leche búlgara en bacilos;<sup>99</sup> en la azotea, al aire denso de gomas de sol, de incoloros mucílagos de humedad; —en la azotea— calzones de la señora. Es en las humedades, más azul el azul del cielo, y si un pájaro innominable pasa tras ellas, crece y crece como a través de una lupa. Es una ventana del solo piso que la casa tiene: onírica visión<sup>100</sup> a florante al ambiente, pasmado, sucio, loco, de los cristales emblanquecidos por un reflejo oblicuo de tarde, el chaleco del señor con la cadena de plata y el reloj escondido en el bolsillo. Por la misma, asoman, en vez de la carne del señor afirmada por las clavículas del señor, dos bolillas peladas que culminan el espaldar de la silla de Viena.<sup>101</sup> Huesos viejos, ya con el aterrado color de los

---

<sup>98</sup> Nos recuerda el poema de Arthur Rimbaud. «Vocales».

<sup>99</sup> Yogourt.

<sup>100</sup> Que pertenece al mundo de los sueños.

<sup>101</sup> Muy usadas a principios de siglo. Se fabricaban con el asiento y el respaldar de esterilla apoyados en una armazón de madera tubular, todo de líneas circulares.

esqueletos que se exhuman después de largos años de enterramiento... De espaldas al sol, abro yo con la sombra de mi cabeza, un oscuro agujero capiciforme<sup>102</sup> en la luz de cristal. Ahí están, sin horrores de pesadilla, el chaleco y la silla, humanos, familiares, espontáneos, francos, en casa. El señor barrigudo. El casimir de su chaleco, que se abolsa por abajo, urge en broma engordar a la esterilla, que lo despliegue, que lo llene... A la esterilla, flaca, beata, soltera. El chaleco está abotonado menos en el último botón, cuyo ojal correspondiente tiene la redonda y vacía malicia de un ojo de viejo; ojo veraz, sexual, al aire como los calzones de la señora en la azotea... El chaleco sería un borracho sesentón, cínico, mujeriego, torpe —si él tuviera nariz, la tendría roja, grasienta, velluda, salpullida de barro—. En un silencio que suena brusco, súbito, violento, creeríamos oír el tictac del reloj, impiadoso y obstinado corazón del chaleco. La cadena se arquea y no expresa nada —así, casi horizontal, relajada, es ella la conciencia del chaleco—. La esterilla está sentada en la madera de la silla con la más austera decencia, como en la iglesia o en una conferencia sobre higiene doméstica, el busto y los muslos en ángulo recto. Ella ha eliminado de sí misma el vientre, los senos, las piernas, por vergüenza; los brazos, no sabemos por qué; el rostro, por decencia. Ella ha impedido el pecado restándose una dimensión. Por eso nosotros imaginamos a la esterilla —dos ascéticas livideces redondas— con un ricitito de pelo en la frente para ahuyentar los malos pensamientos; con una sola cana en el moño, de laca negra, para recordar la muerte al mirarse en el espejo: con un lunar en la punta de la nariz, no sabemos para qué; con una jaculatoria latina<sup>103</sup> en los labios para evitar las palabras inútiles. El día cacarea. Una gallina cacarea como el día —secreta, inubicable, manifiesta, discontinua, extensa—. Una fronda se frota con una casa, bajo protesta de gorriones castos. Arriba, el cielo cirroso. Abajo, la calle manchada prolijamente, energicamente de luz y sombra como de hollín y tiza. El chaleco del señor eructa, hínchase y, al cabo, eructa. Los barrenderos hacen con sus escobas agudas y ralas como pinceles, esos dibujos en las calles arboladas. Los barrenderos tienen cabelleras de esteta, ojos de toxicómano, silencios de literato. No hay penumbras. Sí, hay una

---

<sup>102</sup> Que tiene forma de cabeza.

<sup>103</sup> Oración muy breve en latín.

penumbra; un gas de luz en vano se dilata por la calle que se alarga y se alarga para anularlo. Aquí no es la sombra la negación de la luz. Aquí la sombra es tinta, tiene sobre las cosas una dimensión inapreciable de grosor; tiñe. La luz es un polvo harinoso y albo que el viento esparce o se lleva lejos. Una chicuela andrajosa ensarta en una piola carretes desnudos de hilo. Yo ensarto adjetivos de palo en la áspera y gruesa cuerda de una idea. Al fondo del jirón, cerrándole, empalidece una pared azul hasta ser el cielo mismo. Esta ciudad positivamente no es una aldea. Los asnos respetan devotamente la acera. Los asnos que solamente rebuznan a horas determinadas por el vecindario... Los asnos que hacen lo que no se dice tras un árbol o un poste sin levantar la pata... Los asnos que no se atreven a pastar en las matas de yerba mala y pega-pega a los bordes, cementados, de las acequias... los asnos que... cuando los gallos se trasduermen, cantan como los gallos... Los asnos que, por el lado de la calzada, ramonean<sup>104</sup> en las ramas bajas de los árboles degüella carreteros... ¡Ay, los asnos, que son lo único aldeano de la ciudad, se han municipalizado, burocratizado, humanizado...! Los asnos hacen merecimientos para obtener los derechos eleccionarios, los de elegir, los de ser elegidos. En un tufo de refrito y cocina, se me descubre un mundo encerrado en este mundo —el mundo del corral—. Los gallos también se humanizan, pero no como los asnos —de una manera cuerda, cívica, sensata—, sino de una manera extraña, impertinente, exótica. No volverse hombres sino ingleses. Ahora son los gallos, gringos excéntricos que se visten de lana escocesa, practican deportes estúpidos como la caza de gusanos, juegan al golf con huesos roídos y mazorcas de maíz, tiemblan constantemente de frío, se levantan de madrugada y no comprenden a las hembras. Pronto fumarán en pipa, leerán magazines, jugarán al polo, caballeros en un gato, y partirán en viaje de placer a Southampton en un barco de la P.S.N.C.<sup>105</sup> Las gallinas son buenas madres de familia que se empeñan en gustar al marido todavía. La moral del corral decae. Si no fuera por la sólida buena fe y las austeras costumbres de los patos... Si no fuera por el tradicionalismo civilista y clerical de los pavos —poca limpieza, mal olor, preterición, chaqué

---

<sup>104</sup> Cortar o arrancar, los animales, las puntas de las ramas de los árboles.

<sup>105</sup> Pacific Steam Navigation Company. Compañía inglesa de navegación.

jurídico,<sup>106</sup> el moco caído, tatarabuelos condes, hipotecas... Las patas no saben de estas cosas —el marido, el almacén, ellas, la casa y los hijos; hay que alimentarse bien, practicar las virtudes y ahorrar para la vejez.

Los patos reprobarían a Nansen el viaje al Polo. Los patos —no sé por qué— siempre parecen estar peleados con una tía carnal por una maldita herencia. Los patos no sabemos si descienden de emigrantes meridionales o de algún fantástico cónsul francés, casado con una señora paraguaya y radicado en Lima, donde murió en 1832 o en 1905. Los conejos tienen las orejas largas, como todos sabemos, pero son buenas personas. De ellos se sabe poca cosa, siempre bien vestidos, eso sí, pero viven en una cueva. Un dato además: leen a Pitigrilli. Diríamos que son gente de medio pelo, fisgona, entrometida, sabelotodo, con bastardos en la ascendencia... Pronto adquirirán una lemosina Ford de último modelo, y una pianola<sup>107</sup> de segunda mano. Las chicas son bonitillas. Habrá recepciones hebdomadarias. ¿De dónde proviene el dinero? De nada honrado, sin duda. Es vox pópuli que está malavenida la fortuna. La amistad de los conejos es muy solicitada por todos. Si no son gente decente, absolutamente decente, los conejos, les serán retiradas las amistades. Los conejos guiñaban los ojos alcohólicos, bermejitos al sol y esconden sus bocas semíticas.<sup>108</sup> Los gansos son ricachones provincianos, siempre de paso. Tienen la mirada recelosa; el acento, serrano; el buche, lleno; la familia, en la hacienda... Nunca dan limosna. Él y ella... Esposos ejemplares. Los dos, obesos. A veces, un chivo, mala cabeza, mala cabeza, mala cabeza... hace eses de trasnochador al caminar. Es fotófobo, como buen noctámbulo. ¿La edad? No tienen ninguna. Veinte años... Cincuenta años... Los calaveras no son una edad sino un carácter; no una personalidad, sino un vicio... o muchos vicios. Rostro de entre Mefistófeles y el tío Sam. Pudo tener un empleo de gobierno, y no lo tiene, el diablo del chivo. Es cornudo, pero no es casado. Hace amargas filosofías sobre el matrimonio. Nada hay tan rico como no tener deberes. ¡Viva el ocio, la buena vida!... El chivo se aburre; el chivo se aburre; el

---

<sup>106</sup> El chaqué era una especie de levita; como la usaban los jueces, el autor le añade el calificativo de «jurídico».

<sup>107</sup> Piano que funciona mecánicamente, con pedales.

<sup>108</sup> Con rasgos pertenecientes a la raza semita.

chivo se aburre. Los cuyes, todos, hembras y machos, son hembras. Son la servidumbre del pavo y la pava. Tienen la cara prieta, pequeña, los ojos brillantes y pequeños, la estatura curva y pequeña, el paso vivo y pequeño. Sólo quedan ellos del galpón colonial que desbandó Castilla. Los paveznos los llaman mamas. Los caballos guisan los viejos platos criollos, han lactado a la pava madre, han desmocado el pavo padre, saben todos los secretos de la familia, menosprecian a los patos y nunca salen de calle porque no hay dinero para comprar una manta nueva. Parecen zambitas viejas, refraneras, rezadoras, irascibles, murmuronas. Las palomas son el escándalo del corral. Las palomas saben el francés, son indecorosamente sentimentales, van solas a todas partes y tienen cosas de cocotas. Sus gustos yanquis de cupletistas, las hacen privarse por los décimos pisos, incitan a los palomos vestirse de blanco y no ocuparse de los hijos.

La campiña, sanguínea de sangre verde. Verdes tienen las mejillas y los labios algunos caprichos de los figurines también. Cara gorda del campo con el ojo pardo de un charco que ríe, idiota. El otro ojo —el derecho— es el sol, en carne viva y sin pupila. Este paisaje ha estado cinco meses en un manicomio saltando en un pie y desgrediándose con diez agarfiados dedos negros. Este paisaje, histérico, masoquista, con antecedentes de sífilis... Este paisaje hosco, magullado... Este paisaje, tuerto y sin sexo... En su vientre, desnudo, la equimosis de un escalio.<sup>109</sup> En su frente, lívida, el chinchón de un calvero.<sup>110</sup> Sobre su pecho, como un escapulario, raro fetiche, la manía de una iglesia. La lluvia aquieta el paisaje loco. Sus visiones son ahora mansas, sanas, casi verdaderas: la tarde, vacuna zaina,<sup>111</sup> se golpea los opacos flancos, las ásperas ancas con una pesada cola de rayos de sol, lacios, amarillos. Y una vaca real como nada, tras una tapia, zurce con mugidos la yerba desgarrada.

\*

---

<sup>109</sup> Fig. Mancha de cultivo en tierras eriazas.

<sup>110</sup> Fig. Montículo que se levanta en una zona de bosque desprovista de vegetación.

<sup>111</sup> Falsa, traidora.

Yo sueño con una iconografía<sup>112</sup> de Ramón, que me permitiera recordarle a él, tan plástico, tan espacial, plásticamente, espacialmente. De Ramón sólo me queda la grave amargura de haberle conocido y el permiso de hojear su diario íntimo en la alcobita mentecata de la señorita Muler, un reguero de colillas en el jirón más largo de la ciudad y una manera de pensar y ver que me posibilita vivir entre este amorfo agrupamiento de casas, en estas calles a la encáustica,<sup>113</sup> en estos árboles ingenuos, en este mar medio moscón, medio laguna, en este plano que de pronto adquiere tres dimensiones y diez mil habitantes. ¡Ay, el mar! Solamente el mar no ha dejado de ser las largas ondas, negras, líneas a lápiz prolijamente equidistantes de las mil curvas de la playa. La sierra no se le ve de lado sino desde arriba, las montañas altas en curvas de nivel; las colinas, con hechuras. Obsesión precisa de cadenas y proyecciones, de escalas y cifras. Bendito sea Ramón, el loco que me enseñó a ver el agua en el mar, las hojas en los árboles, las casas en las calles, el sexo en las mujeres. Por aquí se ha quedado Ramón hecho líneas, luces, secretos, aspectos, ornamentaciones, detalles, briznas de yerba, campanadas... No, no. Una iconografía, un álbum en sepia y negro, a dos colores, por cuyas páginas pasara él, con su boca melancólica, con su gafas elusivas, con su terrible insignificancia, camino de cualquier parte. O detenido ante bodegas herrumbosas, o bajo faroles verdes, o contra crepúsculos amarillos. O sentado en las pupilas bancas parroquiales, o en los bancos borrachos de los malecones, o en las poltronas resbalosas del tranvía eléctrico. O persiguiendo muchachas de gelatina y organdí,<sup>114</sup> o sombras gordas, o ventanas iluminadas, o perros huraños. Con una pierna tendida, o con las dos piernas juntas y firmes. Inaprehensible, pero indudable, inconfundible. En las tardes difíciles de luz o de tedio abriría yo el álbum y preguntaría a Ramón: ¿qué hago ahora, amigo mío? Y él respondería como en los días felices de su vida en la Sierra: —Haz lo que

---

<sup>112</sup> Conjunto de imágenes o retratos.

<sup>113</sup> Aplicase a la pintura preparada mediante la combustión de algunos de sus elementos.

<sup>114</sup> Tela de algodón muy fina y transparente.

quieras. Y yo haría lo que quisiera —irme por las calles que a esa hora huelen a miel de chancaca y a estropajo de cocina—. Bajo el cielo convexo —cáscara de limón vuelta del revés crecen los rumores hasta visibilizarse, los árboles se aguzan el ramaje a lo ciprés y un viejo que pasa sonando las baldosas con un bastoncito de hierro, arrastra por el suelo como una capa, su sombra informe. Un automóvil ha pasado setenta kilómetros por hora, velocidad terminantemente prohibida, en una calle por la cual sólo transitan asnos cargados de sacos de arena. El alcalde es ya apenas el señor con la barba en punta que debe ser obedecido por todos. Ayer salió el sol diez minutos después de la hora a que debió salir. Algo más: entró por la única parte por la que no debió haber entrado: por entre las orejas del último borrico de panadero que en la ciudad tenemos. El frío tiene los músculos blancos y largos como uno de los atletas raquíuticos que a veces se llevan el trofeo en el campeonato, homúnculos con un metro de estatura y las manos de mecanógrafa. El aire frota el cielo y lo deja rayado como un diamante raya un cristal. Yo hago lo que quiero. Una paloma se ha llevado mi último buen pensamiento. Ahora soy yo como soy verdaderamente, limpio, asiático, lino, malo. Ahora llevo cuello redondo de caucho. Ahora salto por sobre una vieja que se examina un zapato en la calle, una pobre vieja cegatona. Ramón amaba a las cocineras que se dan a los hijos de familia en el corral, en las yacijas<sup>115</sup> de paja y ladrillos para las aves cluecas.<sup>116</sup> Tararean las campanas de San Francisco una cancioncilla ligera —no las oiga el prior—. Se desmorona una zona de cielo sobre una esquina del mar, más acá de la isla. Una ventana doble y cerrada —gesto de casa decente, guiño de anteojos de boticario. En ella aparecerá cuando no se pueda ver nada, en la noche, una cara linda, linda, linda...

Las baldosas —sometidas a la helioterapia<sup>117</sup> del mediodía, yacentes, la cara al sol. En la galería de la calle —los ventanales de aire se han abierto—, el policía es médico de sala que observa, que observa... Sólo hay entre las baldosas un caso clínico interesante —una triangular en la esquina, en la intersección de las dos aceras (la señorita C.V. de veintitrés años de edad y padres tuberculosos. La señorita C.V. traga

---

<sup>115</sup> Especie de lecho, cama, o lugar en que se está acostado.

<sup>116</sup> Se dice de las gallinas y otras aves cuando se echan sobre los huevos para empollados.

<sup>117</sup> Terapia a base de la acción de los rayos solares.

saliva. La señorita C.V. tiene los ojos cerrados. La señorita C.V. se muere. ¿Cáncer del útero?... El nombre del mal no se sabe. La señorita C.V. es un caso interesantísimo). Las demás baldosas son algias, itis, osis, terriblemente generales —señoras casadas o viudas que, por prolongar la hora, prolongan la convalecencia. Cuando no se puede tener un amante porque se tienen sesenta años, es lo mejor estar al sol con los ojos cerrados olvidando el marido vivo o difunto. Estas horas sexuales de la digestión y la cena... Tiempo bueno de los sanatorios. La de enfrente, la de la sombra, es una fija de enfermos de sexo masculino, de un alusivo y trágico sexo masculino. En las cabezas, oscuras, dolorosas, golpea la fiebre de los negocios. Por las arterias y las venas, van y vienen vagonetas. En las orejas gritan timbres de teléfonos. El olor de la enfermedad, olor de sabor de bilis, se hace un olor de oficina —olor de cedro y papel en bloques. Un gallinazo, con su gacha, cetrina entereza de noruego diabético, parte a una estación de altura en el cielo suizo, que ya ha encendido para los turistas sus hielos, sus nieves, sus hoteles..., gerencia de una empresa petrolera, quince años de sol ecuatorial, venezolano, jenófobo...<sup>118</sup> lecturas de la Biblia, calladísima cerveza negra, la gimnasia sueca, un prolijo inacostumbrarse, los parques, adustos placeres de un preseptentrional emigrado a esta América, luminosa, caliginosa, bruta, dura, mineral, miocénica,<sup>119</sup> marítima... Los adoquines son piedras talladas a martillo. El sol los mata, pero ellos no se quejan. No sé por qué están aquí, sufriendo sin pagar. Veinte perrillos sin raza ni cola (orejadas, de badana, las colgantes; de fieltro, las erectas), apresuran sus estaturas que van del color céreo<sup>120</sup> de la paja nueva al pavón<sup>121</sup> del acero, tras una gran perra de raza y con cola, cara, mundana, lanuda, opulenta... Los perros se deslizan en remos<sup>122</sup> cortísimos, agilísimos. El sol hace tejones<sup>123</sup> a todos los perros. Hambre de la gran hembra... La revolución social... Princesa Alejandra Canoff, que corres por esta calle, casi de Tsarkoiselo<sup>124</sup> por lo soledosa y solosa, ya acabaron tus locuras de París...

---

<sup>118</sup> Xenófobo: El que siente aversión hacia los extranjeros.

<sup>119</sup> Que pertenece al período llamado mioceno, de la era terciaria, en la historia geológica de la Tierra.

<sup>120</sup> Color de cera.

<sup>121</sup> Es el color oscuro del barniz que cubre y protege el hierro y el acero.

<sup>122</sup> En este caso: extremidades.

<sup>123</sup> Mamífero carnívoro que habita en cuevas profundas.

<sup>124</sup> Ciudad próxima a Leningrado; importante estación climática.

Freud, en los olores coprófilos<sup>125</sup> no incluye los de Carón, los de Coty...<sup>126</sup> Esta pena huele a «Noche de Noel», a «Noche de Siam», a no sé qué noche, tan solamente por no decir bien con la tarde. Cuán bien lo de dar nombres de noche a los perfumes. Todos los perfumes son nocturnos. A veces creo que las flores tan solamente existen para atemperar la emoción del día. En los desiertos se hace líbico, sahárigo el mismo sol que en estos jardines de rosales es apenas un jovial y paseandero sol barranquino; este sol casamentero, sin familia, solterón, chismoso de los cinco continentes; pretextador; este sol galán que da el brazo en los paseos a las tías abandonadas... Las flores absorben luz y calor con el gas carbónico en la asimilación. De noche, donde hay una flor, hay también una gnómica<sup>127</sup> luz con un tierno halo de calor encerrada en el cocotesco pantallín de cada corola. El mar también es las afueras de la ciudad. Ahora el mar es un espejo donde se mira el cielo, un grueso y vasto cristal azogado<sup>128</sup> de lizas y corvinas. El mar está verde porque el cielo está verde. El cielo, rostro inmenso, sin facciones y verde... El mar puede ser un mar pictórico, ingenuista, lleno de peces. Pero ahora es un espejo. El cielo puede ser un campo agrícola o pecuario. Pero no; ahora es un rostro que se mira en el espejo del mar. Un farol enfermo del corazón en una calle que pudo ser y no fue...; en el terral, un muñón de acera, y ese espíritu de fofo deseo, de todas las calles. Un gallo vuelve a mí, en una flexión cruel, mecánica, su rapada cabeza, el ebúrneo<sup>129</sup> y agudo perfil, las orejas carmines, británicas. El mar iza pájaros embreados y olas enfardeladas en la grúa de la isla herrumbrosa. La opaca solana marina —resoles oxidados por el agua—: reguero de aceite en un momento dado, de pronto, larga mancha de mercurio que naufraga, que se hunde... Una mina de la gran guerra, un huevo roto del «Moeaee»... No sé qué pendiente inadvertible en las calles me lleva siempre a las afueras de la ciudad. El mar es las afueras también.

\*

---

<sup>125</sup> Que pertenece al estiércol o a los excrementos.

<sup>126</sup> Perfumerías francesas.

<sup>127</sup> De gnomo: ser fantástico, reputado como espíritu o genio de la Tierra.

<sup>128</sup> «grueso y vasto cristal azogado»; Del poema «Sinfonía en Gris Mayor» de Rubén Darío.

<sup>129</sup> De marfil.

La tarde proviene de esta mula pasilarga, tordilla, despaciosa. De ella emanan, en radiaciones que invisibiliza la iluminación de las tres posmeridiano y revela el lino de la atmósfera —pantalla de cinematógrafo, pero redonda y sin necesidad de sombra—; de ella emanan todas las cosas. Al fin de cada haz de rayos —una casa, un árbol, un farol, yo mismo. Esta mula nos está creando al imaginarnos. En ella me siento yo solidario en origen con lo animado y lo inanimado. Todos somos imágenes concebidas en un trozo amplio y calmoso, imágenes que se follan, o se enyesan y fenestran,<sup>130</sup> o se visten de dril, o se cimán con casquete de vidrio. Cósmica lógica nos distingue a todos en indefinidas especies de un sólo género... Una ventana y yo... Una paloma y yo... A cada paso de la mula —paso dúplice, rotundo inalterable de la eternidad, predeterminado por un genio divino— tiembla mi ser al destino inconocido. En este momento nunca ha existido la mula. La mula se ha anulado tras una esquina. Ahora es la tarde ella misma —atea autogenética, romántica, liberal, desolada—. Estos perros famélicos, roedores, afónicos de espinazos, dérmicos, enarcados, serranos, parecen gatos, gatos callejeros con ojos realistas, sociales, iluminados, herbívoros. Una racha de aire desenrolla una bandera china, de suprema elevación, como un pergamino, de la izquierda a la derecha —la bandera vela un rectángulo de cielo, donde está precisamente el sol—. La tarde ennegrece, y la noche se hace. Los postes, en estas calles de paredes salitrosas y bajas, tienen una violenta apariencia de peatones. El día, con su invariable humor de lluvia, los detiene en sus catorce horas, al filo de las aceras. Recién caída la noche, se echan a andar los postes. Noches de verano, vertidas como cerveza negra con pardas espumas de estrelleo... Los postes han trabajado mucho, se cansaron, enviudaron, el hijo único se fue a Guatemala... Ya los brazos se les caen de puro viejos. Si no se han jorobado la estatura, es porque sus huesos son de madera. Electricistas proyectos<sup>131</sup> con las manos resacas y roídas por la

---

<sup>130</sup> Fig. Verbos reflexivos que se relacionan con los sustantivos árbol, casa y farol que le anteceden.

<sup>131</sup> Maduro. De mayor edad.

gutapercha y la balata,<sup>132</sup> por las sales de las pilas, por las herramientas gasolinosas... Se han jubilado, y han adquirido, junto con el goce del sueldo íntegro y el derecho a loquear, ciertas líneas de exfuncionarios públicos en desgracia con el gobierno actual de sobrevivientes de remotísimas batallas, de tíos chillados que herborizan o coleccionan sellos de correos... Entre un poste y otro poste, hay veinticinco metros de distancia que nunca amengua ni crece —los postes ni se aman ni se odian... misantropía,<sup>133</sup> misoginia,<sup>134</sup> cuando más un gruñido de fastidio o saludo de uno a otro, y esto por no poder dejar de hacerlo... De noche se echan a andar los postes. Yo he reconocido en una calle alejadísima a un poste que se pasa el día entero parado a la puerta de mi casa, con el sombrero en la mano, tieso, absorto, como callando un dolor de riñones o haciendo sumas con la cabeza. Los postes nunca se juntan. Las distancias en estos raros paseos no se alteran —ellos se las atan a la cintura como una cuerda, alpinistas del alpe mortal de sus vidas a veinticinco grados bajo cero—. Les suponemos el arrojo temerario de los hombres sin pequeños placeres ni familia alguna —algún conde Godeneau-Platana, pederasta y egiptólogo: algún príncipe Giustati, castellano y esteta: algún millonario mejicano súbitamente empobrecido por una revolución... A la mañana siguiente (las mañanas siempre siguen) vuelven los postes a las ubicaciones de su manías. Y ahí se están, mientras catorce horas giratorias van mutando el color del aire —largos, flacos, erectos, rígidos, adivinando si lloverá o no lloverá—. Un poste se llama Julián porque se deja la barba... la barba, de serpentinas del carnaval del año 1912. Otro poste llámase Matías, porque ese es su nombre. Un pobre poste asmático de la calle Mott sueña con comprar un sobretodo de paño francés. Hay postes que miman perros. Hay postes amigos de mendigos. Hay postes europeos con ojos verdes de aisladores de cristal. Hay postes de luz. Hay postes de teléfonos.

\*

---

<sup>132</sup> Gutapercha, balata: Son gomas que provienen de plantas de la familia de las saponáceas. Por sus características: insolubles, flexibles y elásticas, tienen gran aplicación en la industria.

<sup>133</sup> Aversión a la vida social.

<sup>134</sup> Aversión a las mujeres.

Una cometa de heladero dio la nota a un aullar nocturno de perros, sinfonía de lata y luna, cosa desganaada del principio que por el desgarrón deja ver caninos paladares, negros, erizados de papilas duras como callos. Si se melografiara<sup>135</sup> esta manera de canto, habría que hacerlo en una hoja de temperatura, en un papel cuadriculado, con una línea quebrada, con números impares. Esqueleto de música. Cuarenta y dos grados de Fahrenheit, fiebre mortal. Una tromba de luz y polvo asciende al sol en un terreno cercado por paredones de adobe. Un aire rastrero que se empina mueve la tromba de abajo arriba contrayéndola sin plegarla. Aire escondido, niño, preso... Sobre el camisón de barro, tras él, cometa mala, roto el embudo superior en torno a su eje de viento, circunferencia elíptica de inclinación, clara curva cenada. A la noche esta calle será otra. Por aquí pasaremos sin saber por dónde vamos. Al mediodía, no suenan los pasos. La sombra va al lado de uno, enana, informe, silueta de matón haraposo en finta ele ataque. El silencio cierra sus paréntesis en cada ventana. Ramón, jabón de afeitar, frazada verde, palma bendita a la cabecera del lecho,<sup>136</sup> y en la ventana, mal abierta al calor de un cielo amarillo —¡oh, segundos pisos en un pueblo chato!— un eucalipto gotero que deja caer en la acequia pintada minutos redondos, ingravidas bolas de papel socarrado,<sup>137</sup> hojas quemadas y arrolladas —remedios caseros, antiguas recetas, reposos, reposos... Muchacha sudorosa y morena, feísima de pronto en un gesto, bonita si te sometes a la luz del filo de la acera, vaho de estío, sueño de siesta... Tú acompasas mi paso al tuyo. Yo no sé qué decirte. Repentino soplo de aire frío nos cambia la vida. Tú desapareces a cada instante de mi conciencia, y al volver, estás cálida, como el sombrero o un libro que olvidamos a pleno sol cuando huimos a la sombra. La calle ancha nos abre los ojos, violenta, hasta dolernos y cegarnos. Todo el pueblo se arrastra —postes, árboles, gentes, calles— a las orillas de este arroyo de

---

<sup>135</sup> De melografía: arte de escribir la música.

<sup>136</sup> Hojas de palma que ofrecen las iglesias el Domingo de Ramos conmemorando la entrada de Jesús a Jerusalén.

<sup>137</sup> Tostado ligera y superficialmente.

frescura y brisas del mar. En el horno del verano, humean las casas, de masa de pan, y se requeman por debajo. Ya no vienes tú a mi lado. Una hora sacristana apagó el sol con la caña de un sauce. Y seis campanadas de acero: —Ite missa est—<sup>138</sup> dijeron, sencillamente, ritualmente, maquinalmente. Ya se acabó el bochorno, el estamos quietos, el fastidio encerrado, la sombra inevitable de esta misa de cuatro horas.

---

<sup>138</sup> Palabras finales de la Misa: "Idos, la Misa ha terminado."

## COLOFÓN

De la publicación de este libro soy un poco responsable, pero como todas mis responsabilidades, acepto y asumo ésta sin reservas. Amanecida en una carpeta de escolar, esta novela se asomó por primera vez al público desde las ventanas de «Amauta», tres anchos trapecios inkaicos como los de Tampuctocco, de donde están mensurando el porvenir los que mañana partirán a su conquista. Martín Adán no es propiamente vanguardista, no es revolucionario, no es indigenista. Es un personaje inventado por él mismo, de cuyo nacimiento he dado fe, pero de cuya existencia no tenemos todavía más pruebas que sus escritos. El autor de Ramón es posterior a su criatura, contra toda ley biológica y contra toda ley lógica de causa y efecto. Las cuartillas de la novela estaban escritas mucho tiempo antes de que la necesidad de darles un autor produjese esa conciliación entre el Génesis y Darwin que su nombre intenta. Constituían una literatura adolescente y clandestina, paradójicamente albergada en el regir o idílico de la Acción Social de la Juventud. Más aún, por humorismo, Martín Adán se dice reaccionario, clerical y civilista. Pero su herejía evidente, su escepticismo contumaz, lo contradicen. El reaccionario es siempre apasionado. El escepticismo es ahora demo-burgués, como fue aristocrático, cuando la burguesía era creyente y la aristocracia enciclopedista y volteriana. Si el civilismo no es ya capaz sino de herejía, quiere decir que no es capaz de reacción. Y yo creo que la herejía de Martín Adán tiene este alcance; y por esto, me he apresurado a registrarla como un signo. Martín Adán no se preocupa sin duda de los factores políticos que, sin que él lo sepa, deciden su literatura. He aquí, sin embargo, una novela que no habría sido posible antes del experimento billinghursta, de la insurrección «colónida», de la decadencia del civilismo, de la revolución de 14 de julio y de las obras de la Foundation. No me refiero a la técnica, al estilo, sino al asunto, al contenido. Un joven de gran familia, mesurado, inteligente, cartesiano, razonable como Martín Adán, no se habría expresado jamás

irrespetuosamente de tantas cosas antiguamente respetables; no habría denunciado en términos tan vivaces y plásticos a la tía de Ramón, veraneante y barranquina, ni la habría sacado al público en una bata de motilas, acezante, estival e íntima, con su gato y su negrita; no habría dejado de pedirle un prólogo a don José de la Riva Agüero o al doctor Luis Varela Orbegoso, ni habría dejado de mostrarse un poco doctoral y universitario, en una tesis llena de citas sobre don Felipe Pardo y don Clemente Althaus, o cualquier otro don Felipe o don Clemente de nuestras letras. Sus propios padres no habrían cometido la temeraria imprudencia de matricularlo en un colegio alemán de donde tenía que sacar, junto con unas calcomanías de Herr Oswald Teller, cierta escrupulosa consideración por la ciencia ochocentista y su teoría recónditamente liberales, protestantes y progresistas. Crecido años atrás, Martín Adán se habría educado en el Colegio de la Recoleta o los Jesuítas, con distintas consecuencias. Su matrícula fiel en las clases de un liceo alemán corresponde a una época de crecimiento capitalista, de demagogia anticolonial, de derrumbamiento neogodo, de enseñanza de las lenguas sajonas y de multiplicación de las academias de comercio. Época vagamente preparada por el discurso del Dr. Villarán contra los profesionales liberales, por el discurso del Dr. Víctor Maúrtua sobre el progreso material y el factor económico, y por las conferencias de Oscar Víctor Salomón, en Hyde Park, sobre el capital extranjero; pero concreta, social, material y políticamente representado por el leguismo, las urbanizaciones, el asfalto, los nuevos ricos, el Country Club, etc... La literatura de Martín Adán es vanguardista, porque no podía dejar de serlo, pero Martín Adán mismo no lo es aún del todo. El buen viejo Anatole France, inveterado corruptor de menores, malogró su inocencia con esos libros de prosa melódica, en que todo, hasta el cinismo y la obscenidad, tiene tanta compostura, erudición y clasicismo. Y Anatole France no es sino un demo-burgués de París, deliberadamente desencantado, profesionalmente escéptico, pero lleno de una ilimitada esperanza en el porvenir; un pequeño burgués del Sena, que desde su juventud produjo la impresión de ser excesiva y habitualmente viejo — un viejo por comodidad y espíritu sedentario—. Martín Adán está todavía en la estación anatoliana, aunque ya empieza a renegar estos libros que lo iniciaron en la herejía y en la scep sis. En su estilo, ordenado y elegante, sin arrugas ni desgarramientos, se reconoce un gusto

absolutamente clásico. En algunas de las páginas de *La Casa de Cartón* hay a ratos hasta cierta morosidad azoriniana. Y ni en las páginas más recientes se encuentra alucinación ni pathos suprarealistas. Martín Adán es de la estirpe de Cocteau y Radiguet más que de la estirpe de Morand y Giradoux. En la literatura le ocurre lo que en el colegio: no puede evitar las notas de aprovechamiento. Su desorden está previamente ordenado. Todos sus cuadros, todas sus estampas, son veraces, verosímiles, verdaderas. En *La Casa de Cartón* hay un esquema de biografía de Barranco, o mejor, de sus veraneantes. Si la biografía resulta humorística, la culpa no es de Martín Adán, sino de Barranco. Martín Adán no ha inventado a la tía de Ramón ni su bata, ni su negrita; todo lo que él describe existe. Tiene las condiciones esenciales del clásico. Su obra es clásica, racional, equilibrada, aunque no lo parezca. Se lo siente clásico, hasta en la medida en que es antiromántico. En la forma acusa a veces el ascendiente de Eguren; mas no en el espíritu. En Martín Adán es un poco egureniano el imaginero, pero sólo el imaginero. Antirromántico —hasta el momento en que escribimos estas líneas, como dicen los periodistas— Martín Adán se presenta siempre reacio a la aventura. "No te raptaré por nada del mundo. Te necesito para ir a tu lado deseando raptarte». ¡Ay del que realiza su deseo! «Pesimismo cristiano, pragmatismo católico que poéticamente se sublima y conforta con palabras del Eclesiastés». Mi amor a la aventura, es probablemente lo que me separa de Martín Adán. El deseo del hombre aventurero está siempre insatisfecho. Cada vez que se realiza, renace más grande y vicioso. Y cuando se camina de noche al lado de una mujer bella, hay que estar siempre dispuesto al rapto. Algunos lectores encontrarán en este libro un desmentido de mis palabras. Pensarán que la publicación de *La Casa de Cartón* a los diecinueve años es una aventura. Puede parecerlo, pero no lo es. Me consta que Martín Adán ha tomado todas sus precauciones. Publica un libro cuyo éxito está totalmente asegurado. Y, sin embargo, lo publica en una edición de tiraje limitado, antes de afrontar en una edición mayor al público y a la crítica. —Escritor y artista de raza, su aparición tiene el consenso de la unanimidad más uno. Es tan ecléctico y herético, que a todos nos reconcilia en una síntesis teosóficamente cósmica y monista. Yo no podía saludar su llegada sino a mi manera: encontrando en su literatura una corroboración de mi tesis de agitador. Por eso, aunque no quería escribir sino unas cuantas líneas,

me ha salido un acápite largo, como los editoriales del Dr. Clemente Palma. Si a Martín Adán se le ocurre atribuirlo al pobre Ramón, como sus poemas Underwood, habrá logrado una reconciliación más difícil que la del Génesis y Darwin.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

## ÍNDICE ONOMÁSTICO

ANNUNZIO, Gabriel D: (1863-1938): poeta, novelista y dramaturgo italiano. Su tendencia esteticista y su lenguaje exuberante influyeron en muchos escritores latinoamericanos: Entre sus novelas sobresalen *El triunfo de la muerte*, *El juego*, y entre sus dramas *La hija de Iorio*.

AZORÍN: Seud. de José Martínez Ruiz (1874-1967). Uno de los más significativos escritores de la llamada Generación Española de 1898. Fue esencialmente ensayista y crítico aunque incursionó también en la novela y en el teatro.

BAROJA. Pío (1872-1956): Novelista español de la generación del 98. Su obra desarrolla por lo general temas históricos con estilo fuerte y realista.

BELDA, JOAQUÍN: Escritor español, cultivador de la novela erótica, sin mayor valor literario. Vivió entre 1880 y 1937.

BENAVENTE, JACINTO (1866-1954): Fecundo dramaturgo español. Dominó como pocos la técnica de la escena y dejó una copiosa producción entre las que sobresalen "*Los intereses creados*". "*La malquerida*". "*Rosas de Otoño*", etc.

BERTOLDO: Uno de los personajes de "*Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno*", obra italiana del siglo XVIII. de carácter burlesco.

BISMARCK. OTTO VON (1815-1898): Estadista prusiano, fundador de la unidad alemana.

BORGES. NORAH: Pintora y escritora argentina, hermana de Jorge Luis Borges.

CAMBA, JULIO (1884-1962): Fino y ágil humorista español de gran popularidad. Publicó entre otras obras *La rana viajera*, *Aventuras de una peseta*, etc.

CENDRARS, BLAISE, (1887-1961): Seud. de Frederic Sauser-Hall. Poeta y ensayista francés cuya obra pretendió exagerar todos los "ismos" en auge.

COLOMA, LUIS (1851-1914): Sacerdote jesuita español, autor de la novela *Pequeñeces*, hábil sátira de la alta sociedad madrileña de su época.

DIÓGENES (413-327 a.C.): Filósofo griego. Representante de la escuela cínica, trató de enseñar con el ejemplo una vida carente de necesidades, regresando a lo más simple y natural.

DUNCKER LAVALLE, LUIS (1874-1922): Músico peruano nacido en Arequipa, autor de numerosas piezas que le dieron renombre.

FERNÁN CABALLERO: Seud. de Cecilia Bóhl de Faber (1796-1877), cultora de la novela regionalista y de costumbres en la literatura española del siglo XIX.

FIRPO, LUIS ANGEL: Pugilista argentino nacido en 1894. Derrotó en sonado encuentro al francés Georges Carpentier.

FREUD, SIGMUND (1856-1939): Siquiatra y sicólogo austríaco, creador del psicoanálisis.

GIRAUDOUX, JEAN (1892-1944): Escritor francés. Su obra plena de poesía lo coloca en primer lugar entre los dramaturgos de su tiempo. Fue también autor de novelas como *Susana y el Pacífico* a la que se refiere Martín Adán.

HUGO, VÍCTOR (1802-1885): El más alto representante del romanticismo francés. Autor de poesías como *Hojas de Otoño*, de novelas

como *Nuestra Señora de París* y de obras teatrales como *Hernani* que iniciaron el camino de la moderna literatura francesa.

INVERNIZIO, CAROLINA (1859-1916): Novelista italiana. Cultivó el género folletinesco.

ISTRATI, PANAIT( 1884-1930): Escritor romano, simpatizante del comunismo al que combatió luego implacablemente. Autor de *Kura Kuralina, Rusia al desnudo*, etc.

JOYCE, JAMES (1882-1941): Brillante novelista irlandés. Autor de *Retrato del artista adolescente* de Carácter autobiográfico y luego de *Ulises*, novela que lo consagró como el maestro del monólogo interior.

KALLMAN, EMERICH: Compositor húngaro nacido en 1882. Vivió en los Estados Unidos dedicándose a la producción de operetas vastamente difundidas en Europa y América.

KEMPIS, TOMÁS DE (1379-1471): Escritor místico alemán al que se le atribuye la obra *La imitación de Cristo*.

KOCK, PAUL DE (1794-1871): Escritor francés cuyas narraciones mostraron ácidamente la vida de la pequeña burguesía parisina.

LENIN. Seud. de Vladimir Ilich Ulianov (1870- 1924): Estadista ruso fundador del Estado Soviético. Teórico eminente y activo revolucionario, a él se deben la transformación política y económica de Rusia y el movimiento comunista internacional.

LEÓN, LUIS DE, FRAY (1527-1591): Poeta español, principal exponente de la Escuela Salmantina en el Siglo de Oro. Fue autor de poemas, traducciones e interpretaciones bíblicas.

MAEZTU, RAMIRO DE (1875-1936): Importante ensayista español de tendencia conservadora. Fue muerto en los comienzos de la Guerra Civil.

MENJOU, ADOLPHE: Actor cinematográfico norteamericano nacido en 1890. Comenzó a actuar en el cine mudo especializándose luego en papeles de galán maduro.

MIX, TOM (1880-1940): Actor cinematográfico. Personificó al vaquero del oeste norteamericano.

MORAND, PAUL: Escritor y diplomático, francés nacido en 1889. Sus narraciones de técnica entre periodística y cinematográfica, como *L'Europe Galante* o *Magie Noire*, alcanzaron gran éxito.

MOZART, WOLFGANG AMADEO (1756-1791): Compositor austriaco de precoz genialidad. Una de las cumbres musicales de todos los tiempos. Autor entre otras muchas obras, de *La flauta mágica* a la que alude Martín Adán.

MURGER, HENRI (1822-1861): Escritor francés autor de *Escenas de la vida bohemia*

NANSEN, FRIDTJOF (1861-1930): Explorador y naturalista noruego. Organizó y llevó a cabo expediciones de estudio a las regiones árticas.

NIETZSCHE, FRIEDRICH WILHELM (1844- 1900): Filósofo y poeta alemán, autor de la teoría del super-hombre, la exaltación de la individualidad vital y de la voluntad de poderío como esencia de la vida. Autor de *Así hablaba Zaratustra*, *El origen de la tragedia*, etc.

ÛRS, EUGENIOD' (1882-1954): Filósofo, novelista y crítico catalán. Sus trabajos se orientaron a europeizar España y sobre todo Cataluña. Se le conoce como "el glosador", por su columna periodística "*Glosas*" que firmaba con el seudónimo de *Xenius*. Fue un importante promotor de la vanguardia en España.

PABLO NERUDA: Seud. De Neptali Reyes (1904- 1973). Poeta extraordinario por la amplitud de su obra de profundo contenido social y riqueza lírica. Obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1971.

PARDO BAZÁN, EMILIA (1851 -1921): Escritora española natural de Galicia. Autora de novelas y cuentos de carácter regional y naturalista: *Los pazos de Ulloa, Morriña*, etc.

PEREDA, JOSÉ MARÍA DE (1833-1906): Novelista español dedicado a la novela regional: *Sutileza, Peñas Arriba*, etc. Fue un defensor intransigente de los valores tradicionales.

PÉREZ GALDÓS, BENITO (1843-1920): Es el gran maestro de la novela histórica española. Autor de *Episodios Nacionales*.

PIÉROLA, NICOLÁS DE (1839-1913): Presidente del Perú durante la Guerra con Chile. Fue el fundador del Partido Demócrata en 1882 y Presidente Constitucional en 1895. Vivió siempre rodeado del fervor popular.

PIERRE LOTI (1850-1923): Seud. del escritor francés María Julien Viaud. Fue el iniciador de la llamada "literatura exótica", de carácter impresionista. Entre sus novelas están: *Los desencantadas, Madame Chrysantheme*, entre otras.

PIRANDELLO, LUIGI (1867-1936): Uno de los grandes narradores y dramaturgos contemporáneos. Son famosos sus dramas *Seis personajes en busca de un autor* y *Enrique IV*; así como su novela *El difunto Matías Pascal*.

PITIGRILLI: Seud. del escritor italiano Dino Segre nacido en 1893. Alcanzó popularidad con sus novelas que reflejaron la quiebra moral del ambiente de su época.

PROUST, MARCEL (1871-1922): Novelista francés: uno de los que más influencia ha tenido sobre la evolución del género a través de su obra *En busca del tiempo perdido*.

QUEVEDO Y VILLEGAS, FRANCISCO DE (1580-1645): Escritor español. Poeta, autor de tratados políticos, obras satíricas y novelas picarescas. Fue uno de los maestros del conceptismo español.

RADIGUET, RAYMOND (1903-1923): Precoz poeta y novelista francés, amigo de Jean Cocteau. Murió muy joven dejando publicadas dos novelas: *El diablo en el cuerpo* y *El baile del Conde de Orgel*.

SALGARI, EMILIO (1862-1911): Popular novelista italiano que cultivó la novela de aventuras y viajes, con más fantasía que valor literario.

SCHOPENHAUER, ARTHUR (1788-1860): Filósofo alemán. Explicó su teoría pesimista en *El mundo como voluntad y como representación*.

SHAW, GEORGE BERNARD (1856-1950): Escritor irlandés, autor de novelas y dramas en los que reveló un paradójico espíritu hecho de ácido humor y pesimismo.

SPENGLER, OSWALD (1880-1936): Filósofo alemán que elaboró una teoría histórico-filosófica en su obra *La decadencia de Occidente*.

VALENTINO, RODOLFO (1895-1925): Actor de la cinematografía yanqui nacido en Italia. Fue el más famoso galán en la pantalla del cine mudo.

VALLE INCLÁN, RAMÓN DEL (1866-1936): Brillante novelista, prosista y poeta español de la generación del 98. Son de gran significación sus cuatro sonatas: de Otoño, de Estío, de Invierno y de Primavera, verdaderos poemas en prosa: así como sus novelas *Tirano Banderas*, *La corte de los milagros*, *Ruedo Ibérico*, etc., son ejemplos de su estilo noble y elegante.

VERNE, JULIO (1828-1905): Novelista francés y vulgarizador científico. Uno de los grandes escritores imaginativos de todos los tiempos, creador de la novela científica.

WHITMAN, WALT (1819-1892): Poeta norteamericano. Su poesía impuso un espíritu nuevo en la literatura de Europa y América. Fue el gran creador del verso libre.

WILDE, OSCAR (1856-1900): Poeta, dramaturgo y novelista británico. Uno de los más ingeniosos conversadores de su época. Autor de ágiles comedias y de una conocida novela: *El retrato de Dorian Gray*.

ZAMACOIS, EDUARDO: Novelista y periodista español nacido en Cuba en 1876. Se inició con obras de carácter erótico para dedicarse después a una novela más humana y realista.

## ÍNDICE

[El número de página correspondiente a esta versión digital se encuentra entre paréntesis.]

Prólogo de Luis Fernando Vidal.....7(3)

Nota de los Editores.....17(15)

Prólogo a Luis Alberto Sánchez.....21(18)

La casa de cartón.....29(29)

Colofón de José Carlos Mariátegui.....135(174)

Índice Onomástico.....141(183)